FRANCISCO FRANCO
UN SIGLO DE ESPAÑA

NO SE
IMPRUMUTA
ACADEMIA

LA ULTIMA BANDERA BICOLOR



Como Delegado del Comité Revolucionario Nacional a todos los habitantes de esta Ciudad y Demarcación hago saber:

Artículo único: Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente será fusilado sin formación de causa.

Dado en Jaca a 12 de Diciembre de 1930.

Fermín Galán.

30 pesetas * Nº 1

05
786

FRANCISCO FRANCO
UN SIGLO DE ESPAÑA

Una biografía crítica trazada sobre las últimas etapas de nuestra historia.

ESCRITA Y DIRIGIDA POR:

RICARDO DE LA CIERVA

Profesor de la Universidad de Madrid

con la colaboración de un equipo investigador y realizador

DIAGRAMACION Y DIRECCION ARTISTICA:
Balboa

REALIZACION TECNICA:
Mariano Blanco

una producción de
EDICIONES EN

Apartado de Correos 14.830 - MADRID

En cabeza de serie de sus LIBROS DE CHOQUE

Esta publicación consta de CINCUENTA Y DOS fascículos, de aparición semanal, encuadernables en DOS TOMOS. Las correspondientes tapas aparecerán conjuntamente con el último fascículo de cada tomo. En las contraportadas de los 52 fascículos se ofrece un resumen cuantificado y gráfico de la evolución socioeconómica de España y de cada una de sus cincuenta provincias a lo largo de los últimos ochenta años, con imágenes de las realizaciones más destacadas de la posguerra y de las estancias del jefe del Estado en cada provincia. Con el conjunto de estas páginas podrá encuadernarse una síntesis númerica e ilustrada de lo que han significado para España los últimos ochenta años de su historia.

FUENTES GRAFICAS

Para la ilustración de este fascículo se han utilizado los servicios de los siguientes fondos, archivos, agencias y profesionales:

Academia General Militar, Zaragoza/ Ayuntamiento de Puertollano/Cifra, Madrid / Hemeroteca Municipal, Madrid / Instituto Nacional de Industria, Madrid/ Ministerio de Información y Turismo, Madrid/Muñoz, R., Madrid/Peñarroya, Jaca/Santiago, Madrid/Servicio Histórico Militar, Madrid.

Copyright © by Editora Nacional MADRID
Depósito Legal: M. 30.781 - 1972 Imprime Printer industria gráfica, sa Tuset, 19 Barcelona San Vicente dels Horts 1973, sobre papel fabricado conjunta y expresamente para esta obra por Sarrió C.P.L., S.A. - Leiza (Navarra) y Torras Hostench (Barcelona)

ISBN 84-276-1084-x (fascículos)
ISBN 84-276-1083-1 (Obra completa)

SUMARIO

EN ESTE NUMERO

LA ULTIMA BANDERA BICOLOR
LA "PROLONGACION BANCARIA" DEL "PODER PERSONAL"
LA OFENSIVA REPUBLICANA Y EL DESPLIEGUE DE LOS CADETES
¿IRONIA EN LA DESPEDIDA MILITAR DEL REY?

MARGINALIA:

AMOR A LA LIBERTAD
¡A las armas!
LOS CADETES EN ACCION
Ante el complot
UNA CARTA INUTIL
El último complot antimonárquico
FRACASO EN MADRID
Ante el fin de la Monarquía
EJERCITO Y POLITICA

EN EL FASCICULO ANTERIOR

LA DICTADURA DESDE ZARAGOZA
LOS PROBLEMAS MILITARES DE LA DICTADURA CIVIL
ZARAGOZA: SEGUNDA ETAPA DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR
LAS VANGUARDIAS DE ALHUCEMAS SE DIVIDEN

EN EL PROXIMO FASCICULO

FRANCISCO FRANCO Y MANUEL AZAÑA
EL GABINETE NEGRO
EL HUNDIMIENTO DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR
LA RENUNCIA A LA GUERRA
1932: FRANCO EN LA CORUÑA
EL DIEZ DE AGOSTO
DESPUES DEL DIEZ DE AGOSTO

CRONOLOGIA

1929. **24 y 29 de octubre:** crisis bursátil en Wall Street, Nueva York.

1930. **28 de febrero:** reapertura de las universidades españolas.
16 de marzo: muere Primo de Rivera en un hotel de París.
25 de marzo: nace la Unión Monárquica Nacional.
primavera: nace el Partido Nacionalista Español, de ideología fascista.
15 de mayo: el capitán Fermín Galán llega a Jaca y empieza su propaganda revolucionaria.
5 de junio: el rey y Berenguer presiden los actos finales del segundo curso de la Academia General Militar.
7 de junio: invitada por el rey, viaja a Madrid la Academia General Militar.
8 de junio: Franco recibe su segunda medalla militar por su actuación en la retirada de Xauen.
15 de julio: baja la cotización de la peseta.
17 de agosto: los dirigentes republicanos firman el pacto de San Sebastián.
8 de octubre: el príncipe de Asturias, don Alfonso, asiste a la inauguración del tercer curso en la Academia General Militar.
11 de octubre: Ramón Franco es detenido junto a un grupo de conspiradores sindicalistas.
26 de octubre: Franco recibe en Zaragoza la visita del ministro francés de la Guerra, André Maginot.
4 de noviembre: Franco llega a Versalles para visitar la Academia de Saint-Cyr.
12 de noviembre: dimite el ministro de la Gobernación, general Marzo.
23 de noviembre: Ramón Franco se evade de la prisión.
2 de diciembre: un periodista de **El Sol,** Joaquín Llizo, dispara al aire junto a Dámaso Berenguer en el salón de la Presidencia.
11 de diciembre: Santiago Casares Quiroga llega a Jaca para impedir la sublevación de Fermín Galán.
12 de diciembre: sublevación de Jaca. Galán proclama la República.
13 de diciembre: fracaso de la sublevación. Los rebeldes son detenidos.
14 de diciembre: se cumple la condena de muerte dictada en Consejo de Guerra contra Galán y García Hernández.
15 de diciembre: sublevación fracasada del aeródromo de Cuatro Vientos; los principales implicados consiguen huir.

1931. **13 de febrero:** dimisión de Berenguer.
16 de febrero: Alfonso XIII encarga a Sánchez Guerra la formación de Gobierno.
3 de marzo: se constituye un nuevo grupo político: el Centro Constitucional de Cambó-Maura.
13 al 16 de marzo: se celebra en Jaca el consejo de guerra por los sucesos de diciembre.
18 de marzo: comienza la oposición universitaria al Gobierno, que culmina el día 25 en el motín de San Carlos.
24 de marzo: el rey regresa de un viaje a Inglaterra.
5 de abril: se celebra el primer acto de las elecciones municipales: son elegidos los "concejales del artículo 29".
13 de abril: el Gobierno, reunido en el ministerio de la Gobernación, recibe los datos de las elecciones.
14 de abril: proclamación de la República. Los firmantes del pacto de San Sebastián pasan a formar el Gobierno provisional.
17 de abril: Franco recibe la orden de quitar la bandera bicolor de la Academia y sustituirla por la republicana.

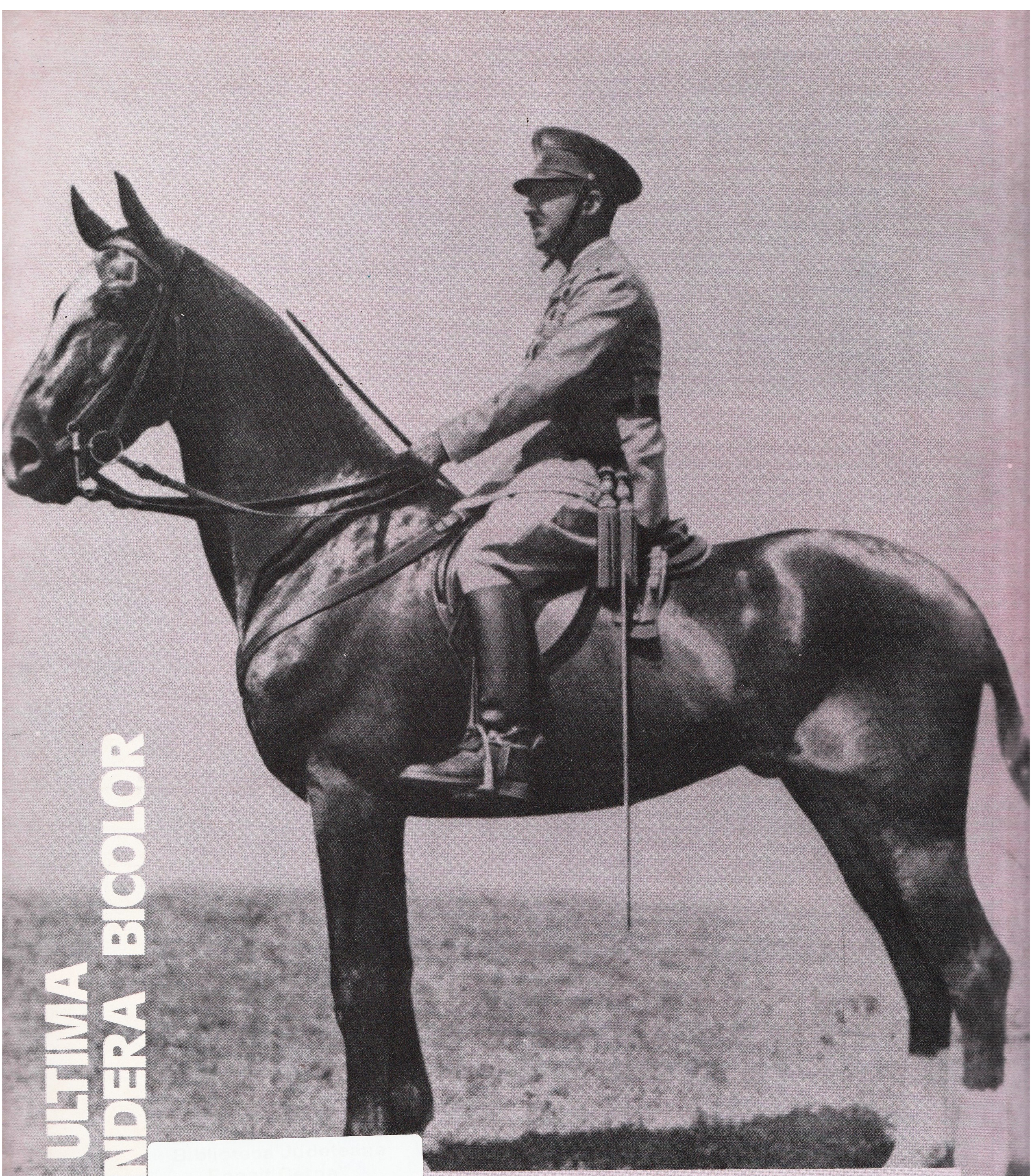
ADICION BIBLIOGRAFICA AL FASCICULO 14

Para la redacción de este capítulo se han consultado, además de las obras señaladas con los números **10, 24, 30, 51, 69, 77, 79, 82, 86, 87, 107** *y* **109** *en relaciones anteriores, las siguientes:* **110.** *Berenguer, D.:* De la Dictadura a la República. Crisis del reinado de Alfonso XIII. *Madrid, Editorial Plus Ultra, 1946* /**111.** *Casado, J.:* Por qué condené a los capitanes Galán y García Hernández. *Madrid, Editorial Victoriano Suárez, 1935* /**112.** *Consejo Supremo de Justicia Militar (Archivos).* Procesos por la sublevación de Jaca y contra el Comité Revolucionario de Madrid, *1930-31* /**113.** *Dirección General de Seguridad (Archivo de Salamanca).* Correspondencia de Ramón Franco, *1930* /**114.** *García Venero, M.:* Santiago Alba, monárquico de razón. *Madrid, Editorial Aguilar, 1963* /**115.** *Hidalgo de Cisneros, I.:* Cambio de rumbo. *Bucarest (segunda edición), 1961* /**116.** *La Cierva, R. de.:* La sublevación de Jaca. *Barcelona, Historia y Vida n.º 33, diciembre 1970 (con bibliografía adicional)* /**117.** *Pabón, J.:* Días de ayer. *Barcelona, Editorial Alpha, 1963* /**118.** *Tuñón de Lara, M.:* La España del siglo XX. *París, Librería española, 1966* /.

BIBLIOTECA JUDEȚEANĂ
„PANAIT CERNA"
FOND „TRAIAN POPESCU"
NR. INVENT. 358376

BIBLIOTECA JUDEȚEANĂ
"PANAIT CERNA" TULCEA
SECȚIA
LIMBI STRĂINE
Nr. inv. 358376

LA ULTIMA BANDERA BICOLOR



El director de la Academia General Militar presencia una parada de sus cadetes en el campo de San Gregorio. Es una bella toma digna de haber servido de modelo a futuras estatuas, demasiado amigas del viento, los pliegues y ciertas actitudes poco acordes con la fundamental serenidad del personaje.



1



2



1.–Tres generales de paisano: Dámaso Berenguer entre Severiano Martínez Anido y Miguel Primo de Rivera. Acaba de realizarse el traspaso de poderes, aún no publicado; don Miguel no ha conseguido imponer al rey la candidatura de Martínez Anido para sucederle. Sorprendentes los destinos de las tres figuras al entrecruzarse real o simbólicamente en los comienzos del futuro régimen de Franco. Primo de Rivera, modelo positivo y negativo; Martínez Anido, colaborador en el primer Gobierno de 1938; Dámaso Berenguer, silencio total con una lejana y desconocida excepción en 1947.

2.–Solemne óleo de Sotomayor, en el madrileño Museo del Ejército, que aprisiona a don Dámaso Berenguer entre capas, cruces y entorchados. El año 1930 es el de la revancha política del conde de Xauen, perseguido por los dos regímenes que le precedieron y por el que le siguió. Su intento duró milagrosamente más de un año; el primer año de otra década trágica en la historia de España. Pasó, por la milicia y por la política, como un gran señor. Fracasó, como tantos otros grandes españoles, en el sueño escéptico de detener el eterno péndulo de los extremismos hispanos. Conquistó un lugar sereno y frío en una historia desbocada.

3.–Primer Gobierno Berenguer, uno de los raros momentos en que la gran Banca española decide adelantar sus alfiles a primera línea del juego político. Gobierno palatino y bancario hemos llamado a este grupo político moderado, cargado de buenas intenciones, pero totalmente desprovisto del aura popular.

4.–El inconfundible defensor de Dar Akoba, general Emilio Mola, toma posesión como último director general de Seguridad de la Monarquía en presencia de su predecesor, general Bazán, y del jefe superior de Policía, coronel Marzo.



5

LA ULTIMA BANDERA BICOLOR

La etapa de Francisco Franco al frente de la Academia General Militar en Zaragoza se desenvuelve a lo largo de dos perfiles históricos que ahora parecen radicalmente distintos, pero que al sucederse quedaron identificados en la conciencia de los enemigos de la Monarquía: la fase agónica de la Dictadura de Primo de Rivera y el confuso régimen de Berenguer, irónicamente calificado por aquellos días como «Dictablanda». Esa conciencia de identificación supuso nada menos que el final del periodo canovista; nada pudieron los esfuerzos de Dámaso Berenguer para marcar diferencias esenciales respecto a la Dictadura desbordada. Contribuyó a simplificar demagógicamente el problema la pronta desaparición de Primo de Rivera, que murió el 16 de marzo de 1930, sin cumplirse los dos meses de su caída, en un hotel de París.

«Roto el pararrayos —comenta con agudeza Salvador de Madariaga— la torre tuvo que aguantar las descargas de la tormenta.»

La "prolongación bancaria" del poder personal

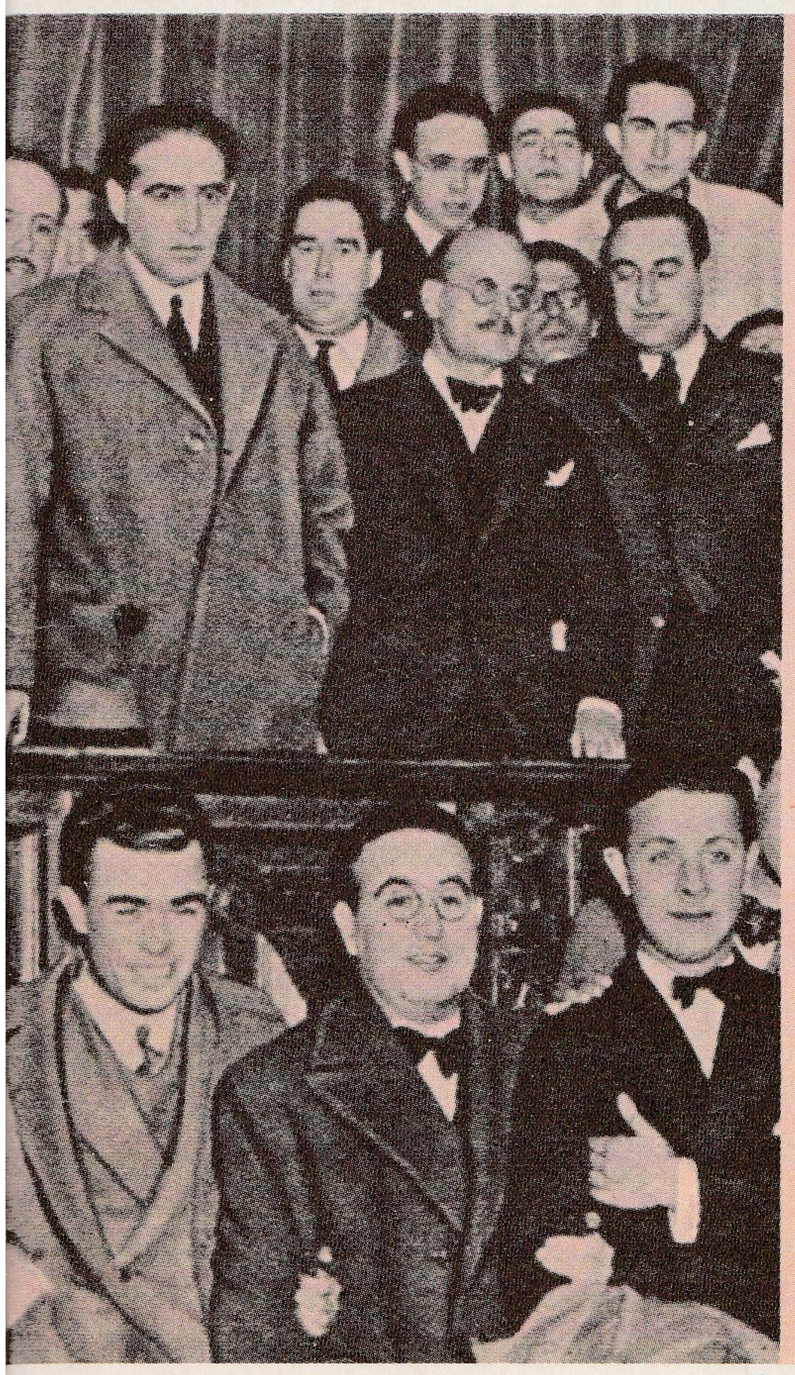
Superficialmente, el Gobierno formado por Dámaso Berenguer antes de terminar el mes de enero de 1930 podía





3/4

5-6-7.–La destitución de Primo de Rivera supone también el retorno triunfal –más bien triunfalista– de los intelectuales. Hay una media sonrisa enigmática en la faz de don Miguel de Unamuno; don Gregorio Marañón no oculta sus graves preocupaciones sobre la reconquistada tribuna del Ateneo madrileño y don Antonio María Sbert habla a los estudiantes desde el balcón de la Universidad Central, con el decorado de una pancarta de la F.U.E



6



7

presentarse como una especie de concentración moderada, con ministros conservadores y liberales. En realidad, como nota Juan de la Cierva, «el Gobierno pareció una prolongación del poder personal que se imputaba haber ejercido al rey con la Dictadura». El mismo cronista, en uno de sus más dramáticos momentos de sinceridad, profundiza hacia el verdadero sentido del nuevo Gobierno, al que con la perspectiva de hoy podemos considerar realmente como un nuevo régimen dentro del proceso agónico de la Restauración: el equipo de Berenguer es un grupo palatino (presidido por el más palatino de los generales, jefe del Cuarto Militar del rey), tendido hacia una renovación de los partidos dinásticos, personificada en el tándem Santiago Alba-Francisco Cambó (artífice principal, con el rey, del nuevo sistema) y fortalecido, en vista del general decaimiento de los apoyos monárquicos, por la oligarquía financiera en una rara actuación política casi de cartas boca arriba. Comenta, en efecto, Juan de la Cierva: «Se propuso para la cartera de Hacienda al señor Garnica, liberal (del Banco Español de Crédito), y debo suponer que tal iniciativa partió de Cambó y Maura (este último del mismo banco) tal vez por haberse negado antes al marqués de Cortina (también de ese banco), muy considerado, como Garnica, por el rey. No aceptó Garnica y entonces propusieron al señor Argüelles, también amigo del rey (y consejero del repetido banco), amigo político de Bugallal, y lograron que aceptara; pero ya entonces hubo que contar con Wais, para Economía (ligado con el afortunado banco).»

Aquel Gobierno palatino y bancario era, según el definitivo titular de Ortega y Gasset antes de terminar el año, «el error Berenguer»; pero antes de *ser* un error, cometió un error gravísimo: atrasar el reloj de la Historia hasta el 12 de septiembre de 1923, y gobernar como si desde entonces no hubiera pasado nada en España. Este suicidio de la Restauración ha sido formulado definitivamente por el profesor Jesús Pabón en la más honda de todas sus páginas. Sería inútil escribir al dorso de este su diagnóstico:

AMOR A LA LIBERTAD

Ramón Franco, encarcelado en octubre de 1930 a consecuencia de sus actividades antimonárquicas, logró evadirse de Prisiones Militares al mes siguiente, no sin antes haber dejado escrita esta carta (inédita) al jefe del Gobierno, general Berenguer, en la que proclama un amor a la libertad no desmentido ciertamente por su conducta:

«No he perdido ningún territorio ni he producido por ineptitud la muerte de diez mil españoles.

Confié en su palabra cuando vino a restablecer la Constitución en todas sus partes. No fue esto lo que hizo, sino solamente salvar a la monarquía, haciendo caso omiso del sentir popular, hoy más oprimido que nunca.

Los que de corazón somos liberales, sentimos sonrojo al ver la libertad escarnecida y pisoteada. Me habéis encerrado en una jaula de hierro sin pensar que sólo los gorriones mueren dentro de las jaulas y habéis creído en vuestra ofuscación, que era de la misma naturaleza de Vd., que vivió encerrado en jaula de oro. Por salir en defensa de la libertad ciudadana me tuviesteis aprisionado, nunca amordazado; mi pensamiento vuela más alto que toda la gloria que para España ganó el Plus Ultra. *Poco a poco el pájaro rebelde ha quebrado con su pico los barrotes de hierro y todo el orín de los mismos lo ha lanzado al viento, para que sirva de ejemplo al país que está anhelando romper sus cadenas. Hoy soy yo yunque, Vd. martillo; día vendrá en que Vd. será yunque y yo martillo pilón. Mientras tanto no olvide que a la libertad he entregado mi vida y que a ella sola he de servir. Si para ello tuviera que ponerme frente a mis amigos de hoy, también lo haría cumpliendo un penoso deber. Salgo de Prisiones por la puerta grande, que es la del sacrificio por el ideal'. Creo que en estos momentos mi papel se desarrollará en el extranjero. Allí intento ir. Si caigo, no importa: mi nombre pasará al martirologio de la libertad. ¿No envidia Vd. mi camino recto, cuando el suyo se aparta cada día más de la senda de la libertad?*

Deseo que siga Vd. cosechando desaciertos en su tortuoso camino de gobernante.

Ramón Franco.

Madrid, 23 de noviembre de 1930.»



1

«El error básico de Berenguer era sencillo...: tratábase de volver atrás, como si nada hubiese ocurrido... Salir de la anormalidad volviendo a la normalidad perdida, era, en principio, y como siempre, un intento de escapar al efecto volviendo a la causa.»

«Era, histórica y moralmente, un imposible... En la crisis de la Monarquía nada será entendido si se olvida esta realidad. Los hombres procedentes del régimen constitucional... no querían, no podían moralmente, aceptar el intento de Berenguer. Toleraban o apoyaban —por una u otra razón y en momentos distintos— a las personas o a las obras de aquel Gobierno. Pero en el fondo no admitían el paso definitivo: esto es, el retorno a la monarquía de la Restauración, que dejaba atrás a la Dictadura y pasaba adelante con la Constitución, la realeza y el rey. Para ellos, en el fondo, el proceso abierto el 13 de septiembre necesitaba de un fallo, de *una prueba*, de *una sanción*.»

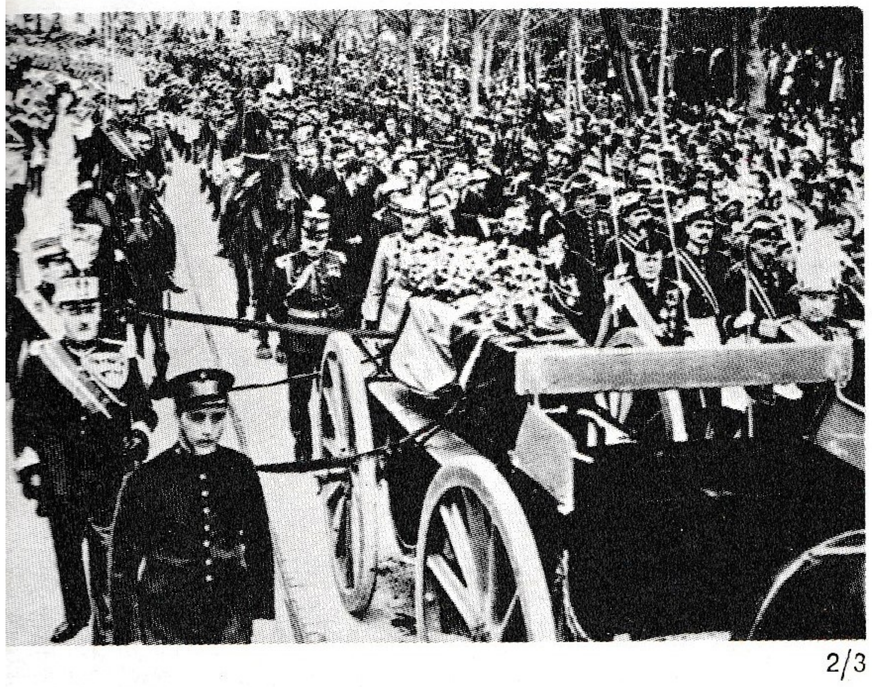
Exacto.

El «régimen secular» murió de un suicidio administrativo por sus propios hombres. Los republicanos estuvieron, antes y después del 14 de abril, pero sobre todo antes, al margen propagandístico de la dialéctica histórica republicana.

El general Berenguer era un perseguido de la Dictadura; pertenecía al partido liberal, y a pesar de ello podía justamente considerarse como un auténtico liberal. Honesto y sincero, consiguió el pequeño milagro de mantenerse todo un año —que ni sus mejores amigos le pronosticaban— en el poder. Moderado y sereno, quemó su salud y su esperanza en la aventura difícil y amarga de tripular aquella cáscara muerta que ya era la Monarquía postdictatorial, en frase justa de José Antonio Primo de Rivera. Y, consecuente con su intuición elemental y suicida, dio marcha atrás en todos los sectores de su gobierno. En el sentido riguroso del término, no había surgido en España un intento tan elementalmente reaccionario, desde los infantiles virajes de don Fernando el Deseado, como el intento de Berenguer.

La preocupación más apremiante de don Dámaso fue, naturalmente, la liquidación militar de la Dictadura. Desde el primer instante trató de sacar a las fuerzas armadas del atolladero dictatorial; en su honor hay que decir que encontró la salida, pero en forma de total abstencionismo político, incluso respecto al apoyo del régimen. «La vida de las primeras figuras del Ejército se desenvolvió durante algún tiempo entre celos y odios», apunta uno de los grandes testigos militares de los años treinta, el general Emilio Mola, amigo de Berenguer y colocado por él en un excepcional observatorio político: la Dirección General de Seguridad, que, con el orden público restablecido por la Dictadura, era, por encima de todo,. una Dirección General de Seguridad del Estado. Sin embargo, las mejores realizaciones del nuevo régimen se inscriben precisamente en el ámbito de la política militar, siquiera sea dentro de una consideración casi puramente negativa. La conspiración —confusa, como todas las conspiraciones españolas, en especial las militares— preparada contra la Dictadura seguía su marcha equívoca; pero Berenguer la descabezó tácticamente, con el nombramiento del general Goded para la Dirección General de Instrucción y Administración del Ministerio del Ejército y la anuló estratégicamente, al convertir en ley bastantes reivindicaciones del descontento militar antidictatorial. Restableció la escala cerrada para





2/3

1.–Primo de Rivera cambió el rótulo del Congreso; Berenguer lo restituyó a su constitucional pureza. El edificio aloja hoy a las Cortes españolas; desde su decimonónica erección hasta 1939 (con la excepción dictatorial) solamente a una de las dos cámaras de la nación, el Congreso de los Diputados. Berenguer cambió el rótulo, pero jamás utilizó el edificio; con la Constitución teóricamente restablecida, ni el Congreso ni el Senado se volvieron jamás a reunir durante la agonía de la Monarquía constitucional.
Paradojas de la democracia británica trasplantada a Celtiberia.

2-3.–Veinte de marzo de 1930. Miguel y José Antonio Primo de Rivera esperan en la estación madrileña del Norte el furgón de París que les trae a ellos y a España los restos de su padre; el rey ha enviado a una sección de alabarderos. Sobre el ritual armón de Artillería, el Dictador hace su último camino por el paseo alto de la Virgen del Puerto, hacia la sacramental de San Isidro.

los cuerpos técnicos; calmó los agravios de la Artillería; sacó de la reserva a un grupo de almirantes y jefes de la Marina; y su sincero talante liberal privó de pretextos de rebeldía al grupo liberal de los conspiradores. Aun así, los «generales demócratas» —Queipo de Llano, Fernández de Villa Abrille, Núñez de Prado— seguían más o menos en contacto-protesta con los comandantes y capitanes revolucionarios Díaz Sandino, Aisa, Franco, Romero, Alejandro Sancho, Martínez de Aragón, Herrera. El grupo de los jóvenes fue el que formalizó la fundación de la Agrupación Militar Republicana (A.M.R.) en las primeras semanas del Gobierno Berenguer; el más activo de todos ellos seguía siendo el comandante Ramón Franco Bahamonde, quien conspiraba permanentemente a lo largo de 1930 con los republicanos (contacto, Alejandro Lerroux) y con los sindicalistas de Barcelona representados por Pestaña y Peiró. Enlaces entre los hombres de la A.M.R. y los militantes sindicalistas eran Alejandro Sancho, capitán supernumerario, Fermín Galán y sus compañeros de cautiverio dictatorial en Montjuich, amnistiados por Primo de Rivera (y no por Berenguer, como éste ha afirmado) el 12 de diciembre de 1929. El director de Seguridad Mola, amigo personal de casi todos los oficiales levantiscos y particularmente de Franco, Sancho y Galán, les seguía la pista casi a diario. Pero con dificultades ejecutivas en sus propios servicios policiales, como él mismo recuerda: «La deslealtad me asediaba.»

El reaccionarismo congénito, ultraconservador, del régimen Berenguer, asoma, más que por otra parte alguna, entre sus decisiones económicas, calificables más bien como simplemente «antieconómicas». El espectro de la crisis bursátil de Wall Street —los días negros jueves 24 a martes 29 de octubre del año anterior— recorría occidente en forma de anuncio de otra crisis mucho más profunda: la gran crisis económica de los años treinta, transfigurada en crisis política universal de desconfianza respecto de la democracia. La fase aguda de la depresión en los Estados Unidos cubre los años 1929 a 1932; en Europa, la desesperación económica va a prolongarse hasta la misma Segunda Guerra Mundial, que en cierto sentido puede considerarse como una consecuencia, ya que todo el mundo intentaba un «sálvese quien pueda» egoísta, nacionalista y cerrado. En unos países la solución se intentó por medio del proteccionismo y el aislacionismo —U.S.A., Gran Bretaña—; en otros, por medio de una franca economía de guerra. La retrasada economía española notó más tarde las consecuencias de la crisis en el terreno real, pero el poderoso impulso económico de la Dictadura quedó frenado en seco por los hacendistas —no economistas— de Berenguer, obsesionados por una estabilización monetaria y vueltos de espalda al vanguardismo intervencionista que, adelantándose a las meditaciones de Keynes, había comenzado a florecer en la Dictadura. La sombra niveladora de Raimundo Fernández Villaverde sentó de nuevo sus reales en el Ministerio de Hacienda, y España no supo oponer a las amenazas depresivas más que medidas reaccionarias: corte total en los programas de inversiones y obras públicas, fin de la política hidráulica, obsesión deflacionista por la reducción indiscriminada del gasto público, mientras, eso sí, se afianzaba el control de la banca privada sobre la economía y, ya lo hemos visto, sobre la trayectoria política del país. Cuando, a pesar de todo, la peseta cae el 15 de julio a 47,50 la libra, Argüelles se cree obligado a dimitir a favor de su colega Wais. Ni uno ni otro poseían la capacidad necesaria para plantear los problemas político-económicos del país a niveles superiores a los de un triste equilibrio presupuestario, armonizado con un anacrónico prestigio de la divisa nacional y, por supuesto, con la garantía absoluta respecto del crecimiento real, palpable, de los activos bancarios y su vasta influencia. Los datos no son absolutamente fidedignos, pero todo hace pensar que la economía española mantiene en 1930 la inercia ascendente de la Dictadura —a mucho menos ritmo— para iniciar en ese mismo año de crisis la transición hacia el marasmo y el retroceso de la República.

El ayuntamiento de profesores y alumnos que encuadraban a los intelectuales y se atribuían casi en exclusiva el desahucio de la Dictadura, se apresuró a reafirmar su postura intransigente ante un régimen al que consideraron como la versión aguada de la anterior etapa. Sin embargo, lo mismo que había sucedido en 1923, la primera reacción de los intelectuales ante el régimen Berenguer fue la de suspensión de hostilidades, mal interpretada por el Gobierno como armisticio definitivo. El duque de Alba y don Elías Tormo practicaron, desde el Ministerio de Instrucción Pública, una política de *appeasement* —el término, algo anticipado, carece de traducción española total— aunque la reapertura de las universidades se demoró un mes,

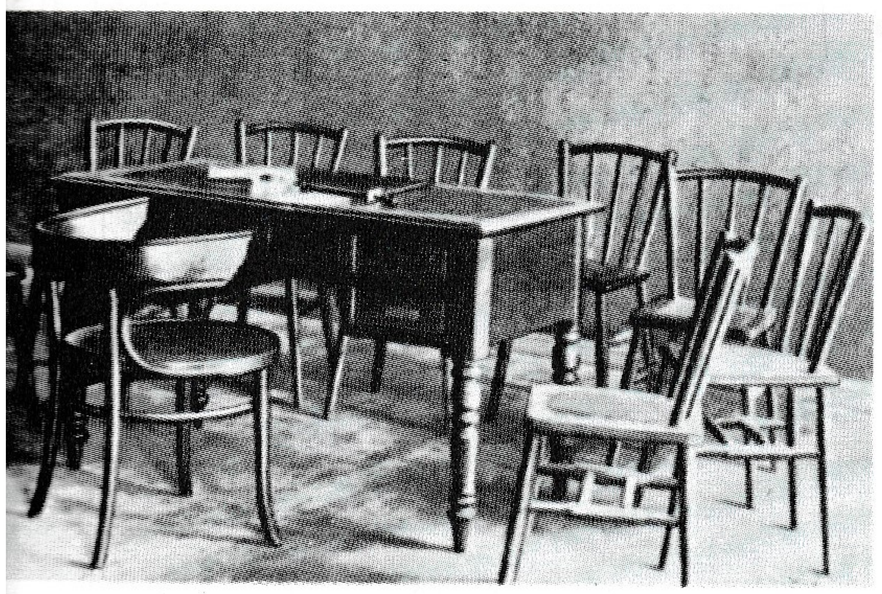

HERALDO DE ARAGON

SOLEMNIDAD MILITAR

el rey y del presidente del Consejo de ministros se celebró ayer, brillantemente, el acto de la jura de la bandera por los alumnos de la Academia General Militar

1


2


3

hasta el 28 de febrero. Por el momento, satisfechas con creces todas las demandas de los universitarios rebeldes contra Primo de Rivera, Berenguer consiguió que, mal o bien, terminase el curso, triunfo señalado para criterios de entonces y quizá no sólo de entonces. Ante el pase provisional a segunda línea del activismo universitario, ocupan de nuevo su vanguardia los políticos puros, nada satisfechos con la hazaña de una brigada de bomberos madrileños, que restituyó rápidamente el rótulo de Congreso de los Diputados al caserón pseudoclásico de la madrileña carrera de San Jerónimo.

Ilustres monárquicos de toda la vida se disponen a estoquear a la Monarquía en la primavera democrática de 1930. Inicia el apresurado paseíllo político don Miguel Maura Gamazo, quien antes de pronunciar su discurso republicanizante en el Ateneo de San Sebastián el 20 de febrero, se despidió románticamente del rey en una tirada de Somontes. («¿A dónde te marchas?» —«Al campo republicano, señor»). Le sigue, el 27 de febrero, el jefe del partido conservador, don José Sánchez Guerra, con su resonante discurso del Teatro de la Zarzuela, en el que proclama su decisión versificada de:

«no servir más a señores
que en gusanos se convierten.»

El 13 de abril, sin presentir la carga de futuro encerrada en la fecha, otro ex ministro de la Corona, otro hombre de 1923, don Niceto Alcalá Zamora, lanza sus cadenetas republicanas en el Teatro Apolo de Valencia, pregón post-fallero de una república episcopal y conservadora a la que prometería, en San Sebastián, una orla de senadores vitalicios. Los republicanos no quieren ser menos; ellos no han tenido que abandonar ningún barco para cantar la aurora de la República. El 27 de abril, en el teatro madrileño de la Comedia, don Melquiades Alvarez vuelve a la ilusión republicana; dos días antes, don Indalecio Prieto ponía en punto de ebullición a sus incondicionales del Ateneo de la calle del Prado. La marea política va a alcanzar muy pronto a Zaragoza, donde tras la caída de la Dictadura se removía, inquietante, el sindicalismo libertario al encuentro de un nuevo camino para la revolución remansada desde 1923; pero al público republicano y monárquico le interesaban mucho más los discursos de los tránsfugas que las reiteraciones de los incondicionales, y por eso el mitin zaragozano de don Marcelino Domingo el mismo 27 de abril no removió muchos comentarios. En cambio el 4 de mayo de 1930 pudo palpar directamente el general Francisco Franco el grado de descomposición a que habían llegado las fuerzas políticas de la Monarquía. Todo Zaragoza se agolpaba en el salón del Ateneo para escuchar los duros repudios del eterno niño prodigio conservador, don Angel Ossorio y Gallardo, ex ministro, ex delfín de don Antonio, ex gobernador de Barcelona durante la Semana Trágica de 1909. De todos los tránsfugas, fue quien más claro habló: «La incompatibilidad no es con la Monarquía, es con el rey.» Y formuló un diagnóstico-profecía destinado a grabarse, con toda razón, en la memoria política de Franco: «Los regímenes políticos no se derrumban ni perecen por el ataque de sus adversarios, sino por la aflicción y el alejamiento de los que deberían sostenerlos.»

Tras estos anatemas, la declaración republicana de Azorín fue solamente, como su prosa, una rúbrica entrecortada y filtrante.

1.—Gala en la Academia General Militar: el rey, con Berenguer, preside la jura de bandera de los cadetes. Es el 5 de junio de 1930. El *Heraldo de Aragón* despliega al día siguiente sus baterías informativas con este resultado. Junto a una completa reseña de los actos, fotografías de los cadetes desfilando bajo la recién recibida bandera, sostenida por el general Franco; del rey atendiendo a una petición de indulto, ante el monumento al capitán Jordán de Urríes y en conversación con Millán Astray, y de Berenguer en el acto de imponer la medalla militar al comandante Camilo Alonso Vega.

2.—Imposición de otra medalla militar. Esta vez es el general Francisco Franco quien la recibe por su actuación en la retirada de Xauen, y el propio monarca quien la impone. Escenario, el paseo de coches del Retiro madrileño; fecha, el 8 de junio de 1930.

3.—En tan franciscano entorno se plantó, una tarde de agosto de 1930, la semilla de la Segunda República española. Habitación del Círculo Republicano donde se firmó (parece que sólo verbalmente) el Pacto de San Sebastián y quedó prefigurado, en forma de comité revolucionario, el primer Gobierno del régimen en gestación.

La ofensiva republicana y el despliegue de los cadetes

Un curso y un trimestre de funcionamiento de la Academia General Militar fueron suficientes para acreditar la idea y la eficacia unificadora que representaba el centro regido por Franco; Berenguer, que apreciaba a Franco tanto o más que Primo de Rivera, consolidó la Academia, donde no se notó para nada el cambio en otros aspectos delicados de la política militar. La normalidad fue tan notoria que la noticia del primer viaje de Franco después de la caída de la Dictadura —a Valencia— no aparece en su hoja de servicios, sino en los ecos de sociedad zaragozanos: su esposa le acompaña. El prestigio del centro aumenta por cursos, y los exámenes de ingreso para 1930-31, iniciados en San Gregorio el 9 de abril, reúnen a un número de aspirantes mayor que nunca. A pesar de que la resaca política llega cada vez con más insistencia al despacho de la Academia General en aquel año de crisis, la vida militar, familiar y social de Franco en Zaragoza discurre con normalidad, como durante el curso anterior. El 22 de mayo se celebra la «fiesta del abanico», a beneficio del Hospital Clínico; se subastan entre los asistentes varios abanicos firmados por personalidades de la sociedad zaragozana, entre los que figuran los enviados por Zita Polo, Carmen Polo de Franco y el mismo general director de la Academia.

Para dejar clara constancia de su aprobación a la obra de Franco en Zaragoza, Alfonso XIII y el general Berenguer deciden presidir el día 5 de junio de 1930 los actos finales del segundo curso, que culminaban en la jura de la bandera de la I promoción de esta segunda etapa de la Academia General Militar. Después de una rápida inspección a las obras de consolidación de la basílica del Pilar, el rey, el jefe del Gobierno y sus acompañantes, entre los que figuran, junto al nuevo alcalde de Zaragoza don Jorge Jordana, dos veteranos de Africa, los generales Navarro —jefe ahora del Cuarto Militar— y Millán Astray, son recibidos solemnemente por el general Franco, profesores y batallón de cadetes formado en la gran plaza de armas de la Academia, bautizada para la ocasión como plaza del Rey. El general Franco se adelanta y comenta en breves palabras el significado de la bandera que va a recibir la Academia, la misma que la que la reina regente entregara 43 años antes a la primera Academia General; uno de los alumnos de aquella, el general Iborra, es ahora quien porta la enseña. «Califica la bandera —apunta el resumen periodístico del acto— como emblema de adhesión, nobleza y unión entre las diversas armas del Ejército. Os prometo, señor, —dijo dirigiéndose al rey— que los nuevos cadetes sabrán cumplir fielmente su juramento, porque es su credo servir a su patria y a su rey. Dijo que la bandera representaba al rey, a la patria *y a la Constitución* (el subrayado es nuestro). Caballeros cadetes —prosiguió—, estos rojos pliegues aumentan su viveza con la sangre de los oficiales españoles. Su oro envuelve las glorias tradicionales al amparo de la Monarquía.» Manda entonces oblicuo derecha, y una descarga cerrada, confirma, según el mismo cronista, «la ratificación de los ofrecimientos cantados por el director».

A continuación se celebra una misa de



1.–Tras el solemne y tranquilizador discurso del "revolucionario" don Niceto Alcalá Zamora en Valencia, el humor del momento (Echea en *Estampa* del 10 de junio de 1930) imaginaba así la marcha hacia el poder de la "República de Obispos". El caso es que, contra todo pronóstico, la República llegó, aunque pronto empezó a desterrar a los obispos.



2.–Muy ajeno a los cabildeos políticos de aquel incierto verano de 1930, el ingeniero Juan de la Cierva recorre triunfalmente el norte de España a bordo de una nueva versión de su autogiro. En la fotografía va a emprender el vuelo en Santander, con el infante don Jaime como pasajero.



3.–*La Esfera* del 20 de septiembre de 1930 publicaba en primera plana esta fotografía con el siguiente pie: "Septiembre: mes crítico en la política española. Romanones, desdeñando el "viejo solar" de su tertulia en "La Perla", y lejos del hotel Villa Aurora, dominador de la Concha, departe, en la playa de Ondarreta, con el doctor Marañón. ¿Diálogo político? ¿Cómo no, cuando Romanones habla? ¿Qué dirán? De sus palabras, ¿surgirá la orientación inmediata de la política española? Otra vez Romanones es el punto de mira de los avizadores del porvenir."

¡A las armas! LOS CADETES EN ACCION

Este relato, del coronel de Caballería Julio Repollés, que en diciembre de 1930 era cadete en la Academia General Militar, refleja gráficamente cómo empezó la noche más larga de los cadetes zaragozanos de aquel año, cuando Franco, por propia iniciativa, se dispuso a cortar el paso a los rebeldes de Jaca:

«A las seis de la tarde volvíamos de instrucción en orden abierto. Ordenaron que durante la hora de descanso los imaginarias de guardia bajasen a formar al patio del Rey, en traje de paseo, para ir a reforzar la guardia. La doblaron llevando además un fusil ametrallador, arma que sólo había aún en la Academia General y acaso en alguna otra unidad especial. Todos se proveyeron de granadas Laffitte.

Los cadetes interpretaron aquello como que esa noche habría salida de ejercicios y querían asegurar la guarda del armamento y polvorines de la Academia.

A las siete tocaron 'estudio', como siempre. Sobre las ocho se abrió violentamente la puerta de la sala de estudio y entró corriendo un cadete de la guardia sin quitarse la gorra ni pedir permiso al teniente que vigilaba el estudio. Les pareció tan insólito a todos que reaccionaron con una carcajada general ante el azorado muchacho que irrumpía con aquel despiste. Pero al llegar al centro del pasillo que formaban las mesas se paró y gritó allí mismo:

—¡A las armas!

Los cadetes abandonaron el estudio inmediatamente, tiraron los libros con gran alegría, pensando siempre que habría un ejercicio nocturno en el campo, aunque ya un poco inquietos. Entonces el corneta de la guardia tocó generala.

Fueron a las compañías, se pusieron el capote gris sobre el mismo mono de faena y tomaron mosquetón y machete. En ese momento entraron en las naves los tenientes de semana y les dijeron:

—Tiren los tacos de las cartucheras, que hay que llenarlas con munición de guerra. Y a formar a paso ligero por unidades tácticas en el patio del Rey.

Formaron dos compañías de fusiles, la de ametralladoras, la batería ligera, el escuadrón y la sección de transmisiones.

Ya estaba en el patio el coronel Campins, jefe de estudios. Cuando recibió las novedades del comandante Sanz de Aranaz dijo simplemente:

—Las compañías de fusileros que vayan al polvorín a municionarse con cartuchos de guerra; la de ametralladoras, que cargue el material sobre los mulos y vayan a paso ligero a municionarse. La batería, a enganchar las piezas y, al galope, a municionar también, con granadas rompedoras. El escuadrón, que saque el ganado y vaya a municionarse al galope.

Todo se efectuó rápidamente. Una sección, dividida en escuadras, se dedicó a cortar el tráfico de la carretera Huesca-Zaragoza. Las compañías de fusileros desplegaron en orden de combate y se establecieron defensivamente cortando la carretera. La batería entró en posición en las inmediaciones de la Academia y empezó a tomar sus datos de tiro para batir la carretera de lejos. El escuadrón se perdió en la noche al trote largo hacia el norte. Iba como vanguardia a Zuera.

Los cadetes se preguntaron qué pasaría y el teniente de la compañía de Repollés les informó:

—Se han sublevado Jaca, Huesca y Lérida. Vienen hacia Zaragoza y traen artillería pesada de Huesca. Vamos a ver si tienen c... para pasar. ¿Creéis que pasarán?

—¡No! —gritaron todos los cadetes.

Sobre las doce de la noche, la 2.ª compañía táctica, al mando del capitán Carvajal, embarcó en camiones y marchó a Zuera para reunirse con el escuadrón.

Una de las escuadras detuvo el automóvil del general Dolla, capitán general de Zaragoza, cumpliendo su consigna. El general iba a tomar el mando como capitán general recién destinado. Pero ellos tenían orden de detener a todos los coches. Con bayoneta calada y cargado el mosquetón le echaron el alto:

—¡Alto!, ¿quién vive?

—Soy el capitán general.

Le dejaron continuar, pidiéndole disculpas.

Otra escuadra que estaba en la carretera vio dos lucecitas oscilantes que parecían hacer señales hacia Zaragoza. Avanzaron cautelosamente con los mosquetones cargados y armados los machetes en ellos. Sorprendieron a dos ciclistas que estaban parados en la carretera discutiendo. Eso era lo que hacía bambolearse sus faros, dando la sensación de señales. Al verse sorprendidos y apuntados con bayoneta, su susto fue mortal. Discutían porque el más torpe había tropezado con el otro, cayéndose los dos.

Era el 12 de diciembre de 1930. Habría que saber cómo fue el proceso mental de Franco para decidirse a algo tan grave como sacar las fuerzas de la Academia, seguramente sin ninguna orden para ello, por pura iniciativa. Los cadetes pasaron toda la noche en el campo.»





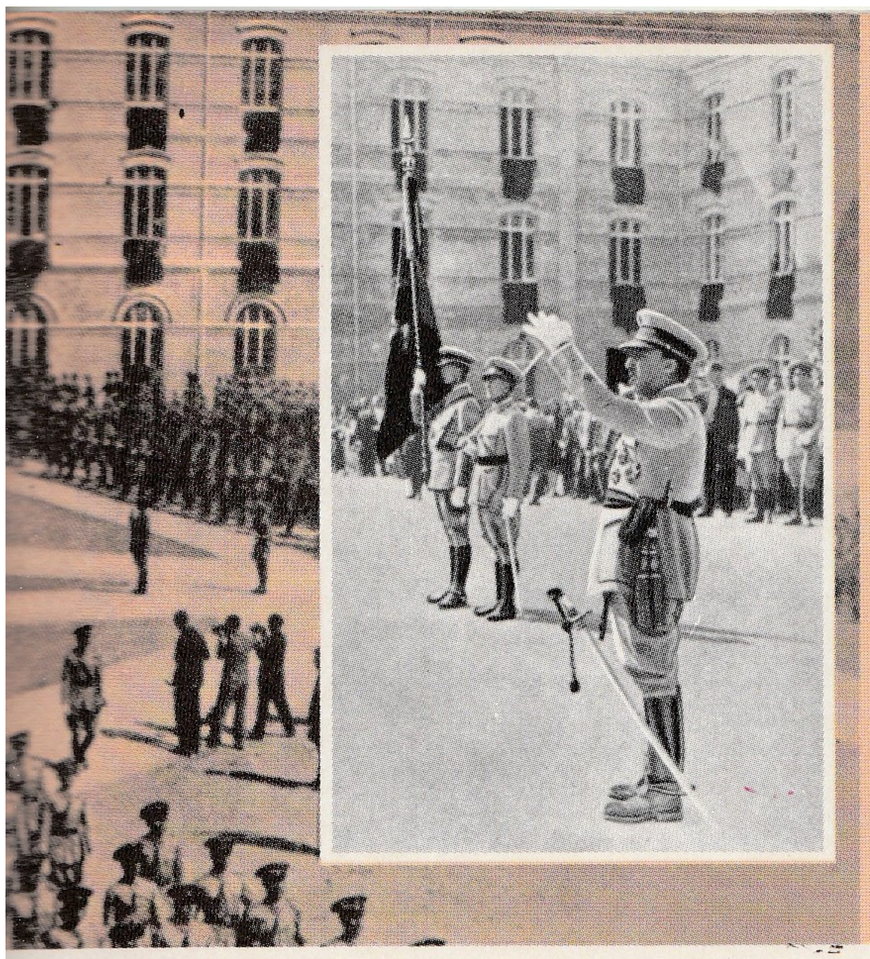
5

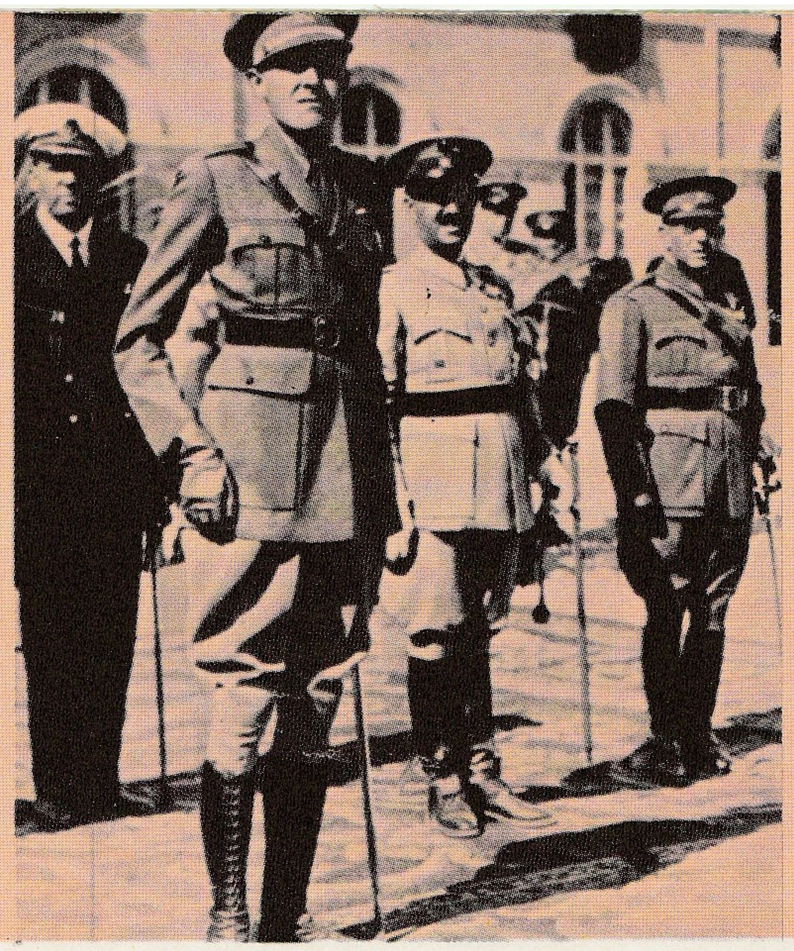
campaña, al término de la cual Franco y el capellán de la Academia toman a la I promoción de Zaragoza el mismo juramento que el general director pronunciara en el lejano Alcázar de Toledo en 1910. Alfonso XIII se adelanta hacia las formaciones y repite la misma idea básica del discurso de Franco:

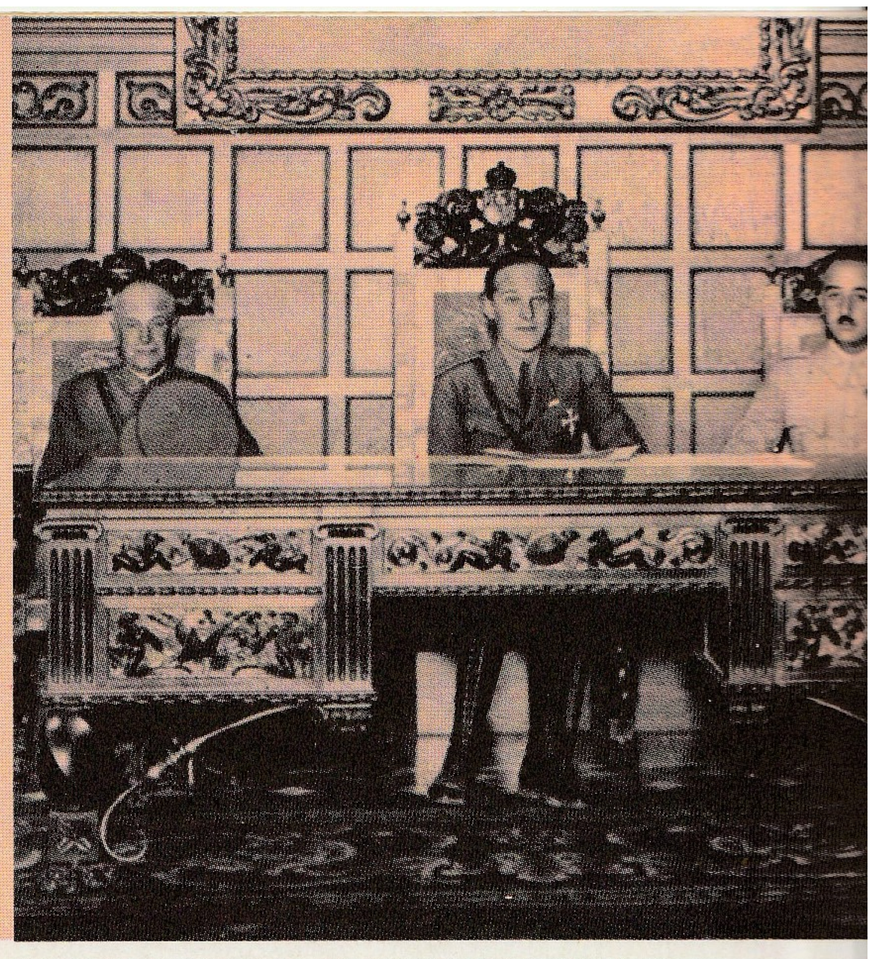
«Esta bandera significa unión y compañerismo, sin distinción alguna en la familia militar.» «Don Alfonso —sigue el mismo cronista— terminó cantando el heroísmo de los profesores de la Academia.»

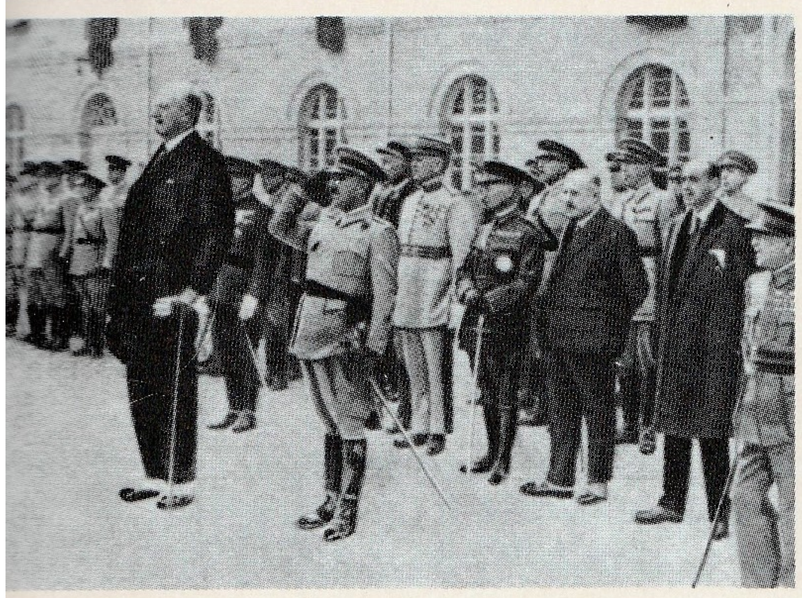
Cuando todos contestan el «Viva España» de Alfonso XIII, Berenguer impone la medalla militar a uno de los más distinguidos profesores, el comandante Camilo Alonso Vega, por una acción al frente de su bandera legionaria en la cabila de Beni Ider. El rey repite su entusiasta felicitación al general Franco y al coronel Campins por su labor al frente de la Casa.

Todos se dirigen después a la explanada de acceso a la Academia, donde se descubre el monumento al capitán zaragozano Jordán de Urríes, hijo de los marqueses de Velilla de Ebro. El rey visita luego las dependencias y servicios, y





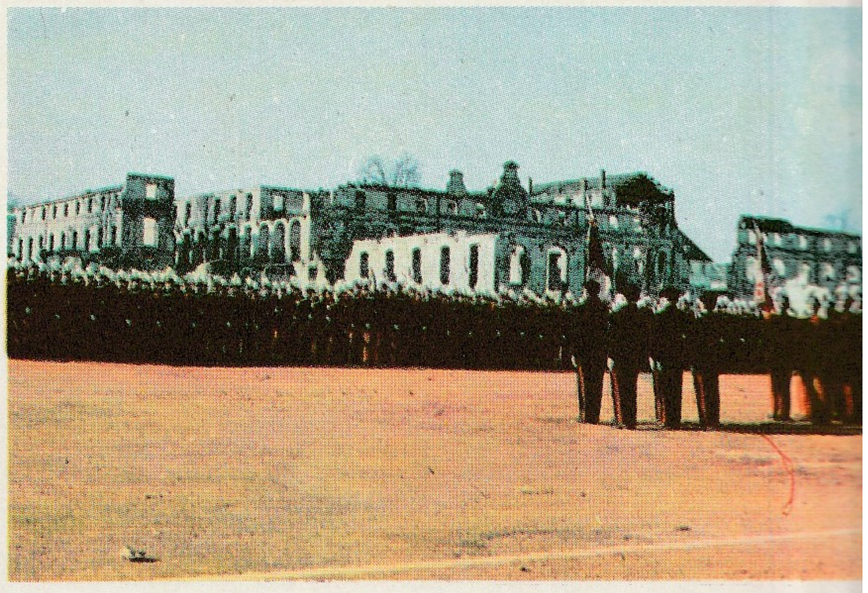




6



7



8

asiste al banquete que le ofrece Franco; los periódicos destacaron la presencia en el banquete del rector y profesores de la universidad, además de numerosos estudiantes invitados al acto «en prueba de fraternal camaradería». Berenguer no dejó de comentar este notable éxito político-académico de Franco, la primera autoridad del país capaz de sentar a un grupo de universitarios a la mesa del rey en 1930. A la hora de los brindis, Franco alzó su copa por el rey, por la concordia del Ejército, por la camaradería entre las Armas y las Letras. Se rompe el protocolo cuando Alfonso XIII se levanta para mezclarse con los cadetes y los estudiantes. Lo primero que hace es abrazar a un alumno de la Academia, hijo del héroe zaragozano de la Legión Rafael de Valenzuela y sucesor de su padre en el marquesado póstumo. Cuando Alfonso XIII abandona la Academia, los cadetes rodean el coche y le llevan en volandas más de cien metros. El rey, emocionado, les invita a todos para el domingo siguiente a Madrid. Los operadores de la *Paramount* captan la escena incluso con sus «aparatos sonoros», porque, como dice el *Heraldo de Aragón*, «la película que sobre el acto se proyectará será parlante». La invitación se cumple: el 7 de junio, la Academia General Militar viaja a Madrid; el día 8, Alfonso XIII impone en el paseo de coches del Retiro al general director, Francisco Franco, una segunda medalla militar por su actuación en la retirada de Xauen, y el día 9 los cadetes dan guardia de honor en Palacio y asisten a la comida con que el rey les agradece la que le ofrecieron en Zaragoza.

Se comprende la satisfacción de Al-

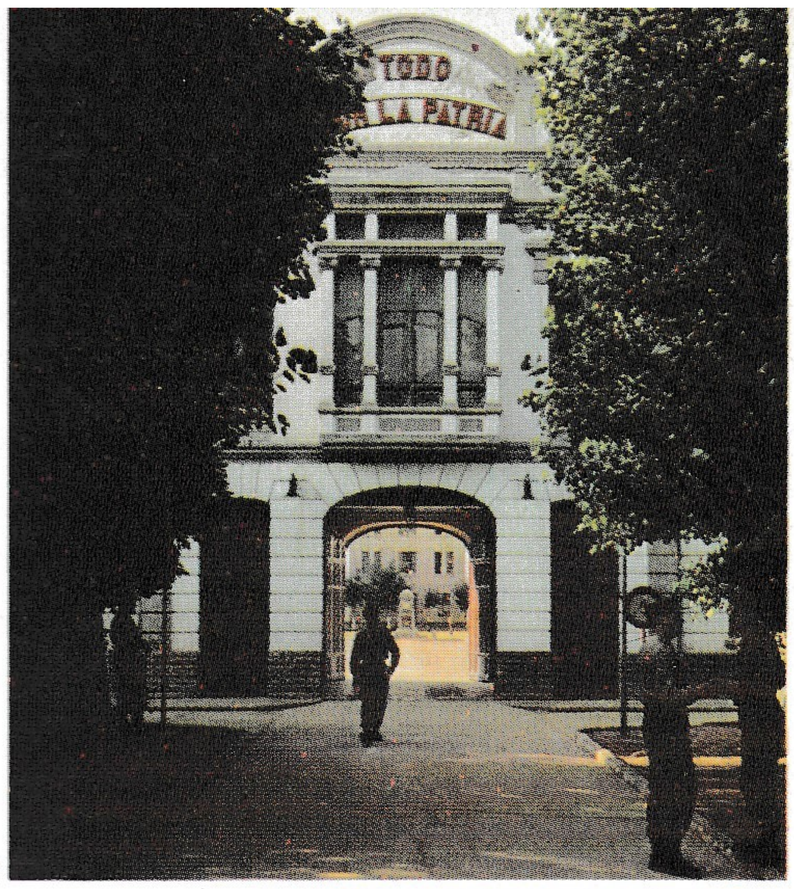
1-2-3-4.–Ocho de octubre de 1930: cuatro momentos de la visita de don Alfonso, príncipe de Asturias, a la Academia General Militar. El general Franco hace los honores y arenga a los cadetes. Todos, incluido el interesado, sabían ya que el primogénito del rey no sería nunca Alfonso XIV.

5.–Otoño de 1930: los fieles de la Dictadura vuelven a la carga y tratan de capitalizar a su favor la incertidumbre política de los españoles en contraste con la decisión de los primeros años de don Miguel. En torno a la figura de José Antonio –vicepresidente de la Unión Monárquica Nacional– que aparece aquí por primera vez como símbolo, se dejan retratar el presidente Guadalhorce, los ex ministros Callejo y Yanguas, los ideólogos Ramiro de Maeztu y Esteban Bilbao. Una ausencia que José Antonio no perdonaría nunca: José Calvo Sotelo.

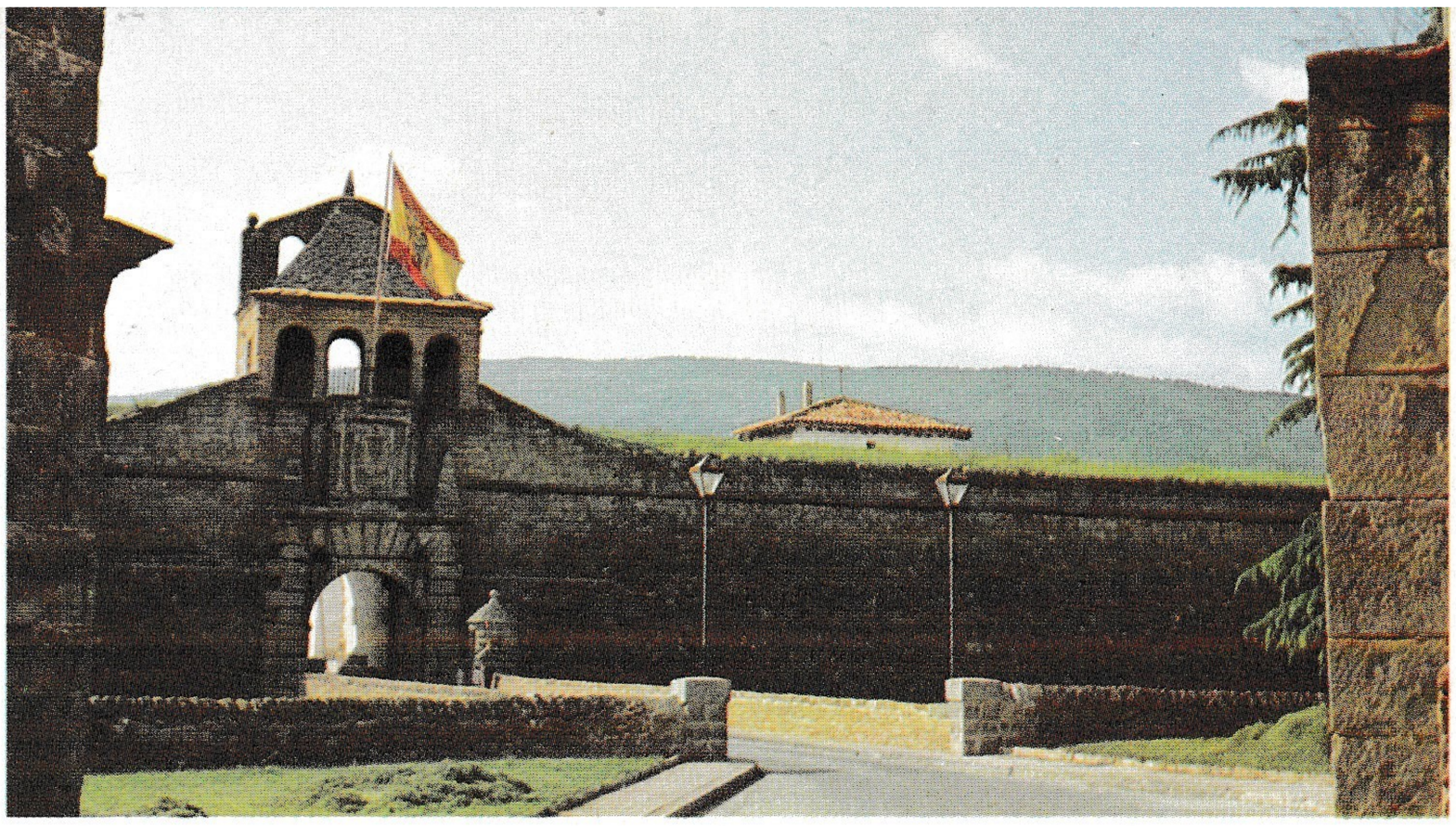
6.–André Maginot, ministro francés de la Guerra –el hombre que quiso poner diques a una nueva marea germánica–, preside una parada en la Academia General zaragozana junto al general Franco poco antes de imponerle las insignias de la Legión de Honor, concedidas por el Gobierno francés, a propuesta del mariscal Pétain, por las operaciones conjuntas de Alhucemas.

7.–Nuevo Gobierno Berenguer tras la crisis parcial provocada por el hundimiento trágico de una casa en construcción en las afueras de Madrid (la calle de Alonso Cano llegaba entonces a la periferia urbana de la capital).

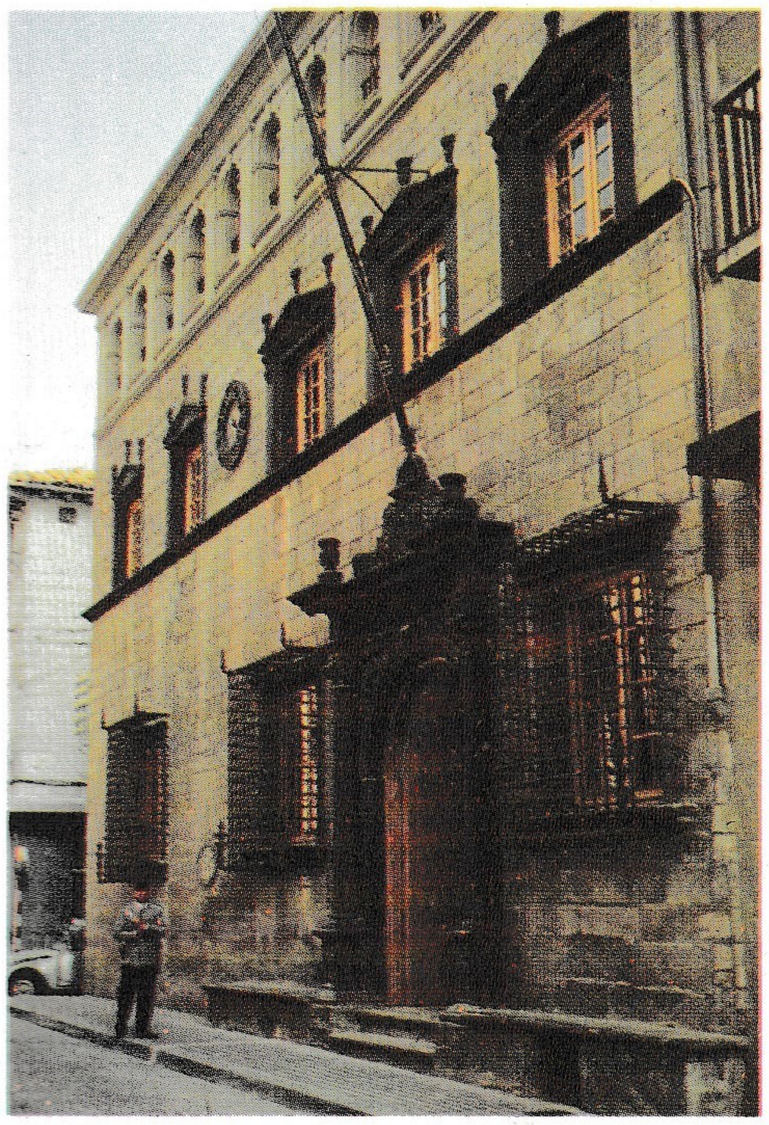
8.–Un curso para mandos superiores dio ocasión a Franco para conocer en noviembre de 1930 la famosa escuela militar francesa de Saint-Cyr, parte de cuyas instalaciones (dañadas por la segunda guerra mundial) recoge esta fotografía como fondo a una brillante parada de sus cadetes.



1



2



3

1.–Puerta principal del cuartel de la Victoria, sede del regimiento de Infantería de Galicia, sublevado por el capitán republicano Fermín Galán.

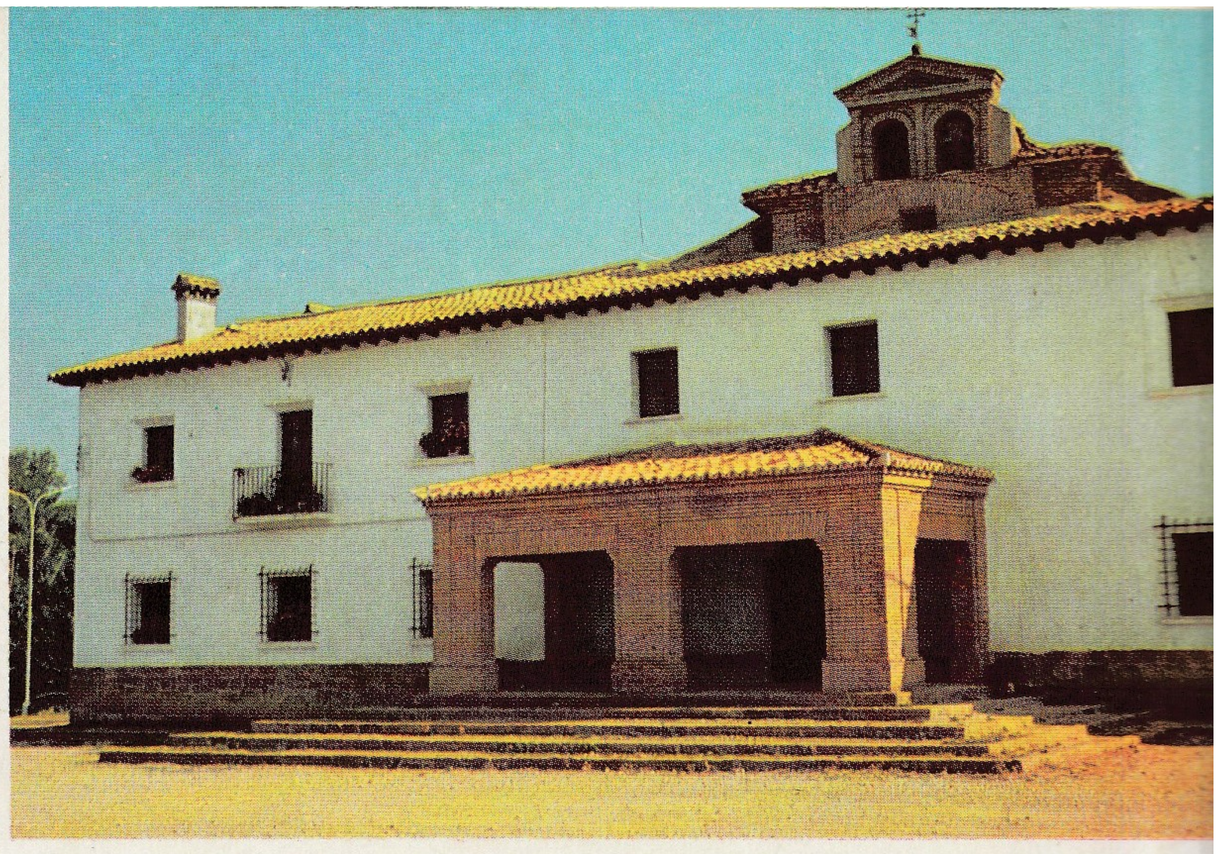
2.–La Ciudadela de Jaca, histórica fortaleza de Felipe II restaurada hoy científicamente por el general Gómez Oliveros; resistió asedios durísimos, pero cayó sin lucha ante el empuje iluminado y fanático de los capitanes del cuartel de la Victoria.

3.–Ayuntamiento (certeramente reconstruido) de la capital de la Jacetania, que sirvió una mañana de invierno de 1930 para dos fines bien distintos: proclamar la Segunda República española con cuatro meses de antelación y custodiar, en indecibles atuendos, a los mandos superiores de la guarnición apresados por los oficiales rebeldes.

fonso XIII y Berenguer durante su intermedio aragonés en aquella primavera política cargada de presagios desalentadores. Cuando todo ha pasado ya, Berenguer resume la intranquilidad de aquel ambiente en su evocación del «rumor, el eterno rumor, que es quizá el arma más eficaz en la política española». En la superficie, aquella primavera registra diversos intentos de reestructuración de fuerzas políticas en busca de un futuro incierto, para el que todas las viejas fórmulas estaban ya arrumbadas. Alborota las calles de Burgos —y ocasionalmente las de Barcelona y Madrid— el primer grupo político español que quiso ser nada menos que fascista, el «Partido Nacionalista Español» de los «legionarios de Albiñana», formado por este doctor levantino en las postrimerías de la Dictadura. El 25 de marzo sale a la luz la Unión Monárquica Nacional, reducto de los fieles a la Dictadura, entre los que figuran casi todos sus ex ministros con Calvo Sotelo al frente, además del joven y ya brillante escritor José María Pemán y el hijo de don Miguel, José Antonio Primo de Rivera. Pero los intentos políticos más prometedores son los de signo centrista: el bloque constitucionalista dirigido por Melquiades Alvarez desde los comienzos del régimen Berenguer y los proyectos que confluirían en el Centro Constitucional lanzado por Cambó, el duque de Maura y los supervivientes del maurismo y el datismo, como Goicoechea y Montes Jovellar. Bajo esta nueva capa revisionista, Cambó intentaba, clarividentemente, una concentración conservadora capaz de poner en marcha otro medio siglo de Restauración en cooperativa política con la concentración liberal que parecía poder formarse en torno a Santiago Alba. Berenguer apoyó el intento, y el propio rey se entrevistó con Alba y Cambó en su viaje de 1930 a París y Londres, emprendido poco después de su visita a Zaragoza. Los contactos directos y epistolares entre los dos presuntos protagonistas de la nueva etapa monárquica forman el entramado de las esperanzas políticas de 1930 y los comienzos de 1931. Pero el rumbo reaccionario e intransigente, más volcado al pasado que tendido al futuro, impuesto por el Gobierno y la oposición impidió toda renovación profunda de las posibilidades monárquicas.

Mientras las fuerzas dinásticas gastaban su energía en conversaciones extranjeras o abandonaban francamente sus ideales hacia la República, se perfila en todo los niveles políticos del país una irresistible ofensiva republicana. Los hechos demostrarían después que el impulso para esa ofensiva era, por encima de todo, negativo. Aunque desde las cumbres cada vez más desnudas del régimen agozinante la marea republicana parecía, en vísperas del verano de 1930, una gravísima amenaza, no era, realmente, sino una modesta y desesperanzada conspiración civicomilitar, que pugnaba por llenar de símbolos y de seguridades fingidas el alucinante vacío político socavado en los cimientos del régimen Berenguer. En la gran conspiración republicana, como en todas las grandes conspiraciones de la España contemporánea, pueden advertirse multitud de cauces separados más o menos confluyentes en un objetivo confuso, aunque negativamente unánime en 1930, acabar con la Monarquía. Los núcleos conspiradores —coordinados imperfectamente por vía de contactos personales y hasta por vía de indiscreciones que llegaban simultáneamente a la mesa del

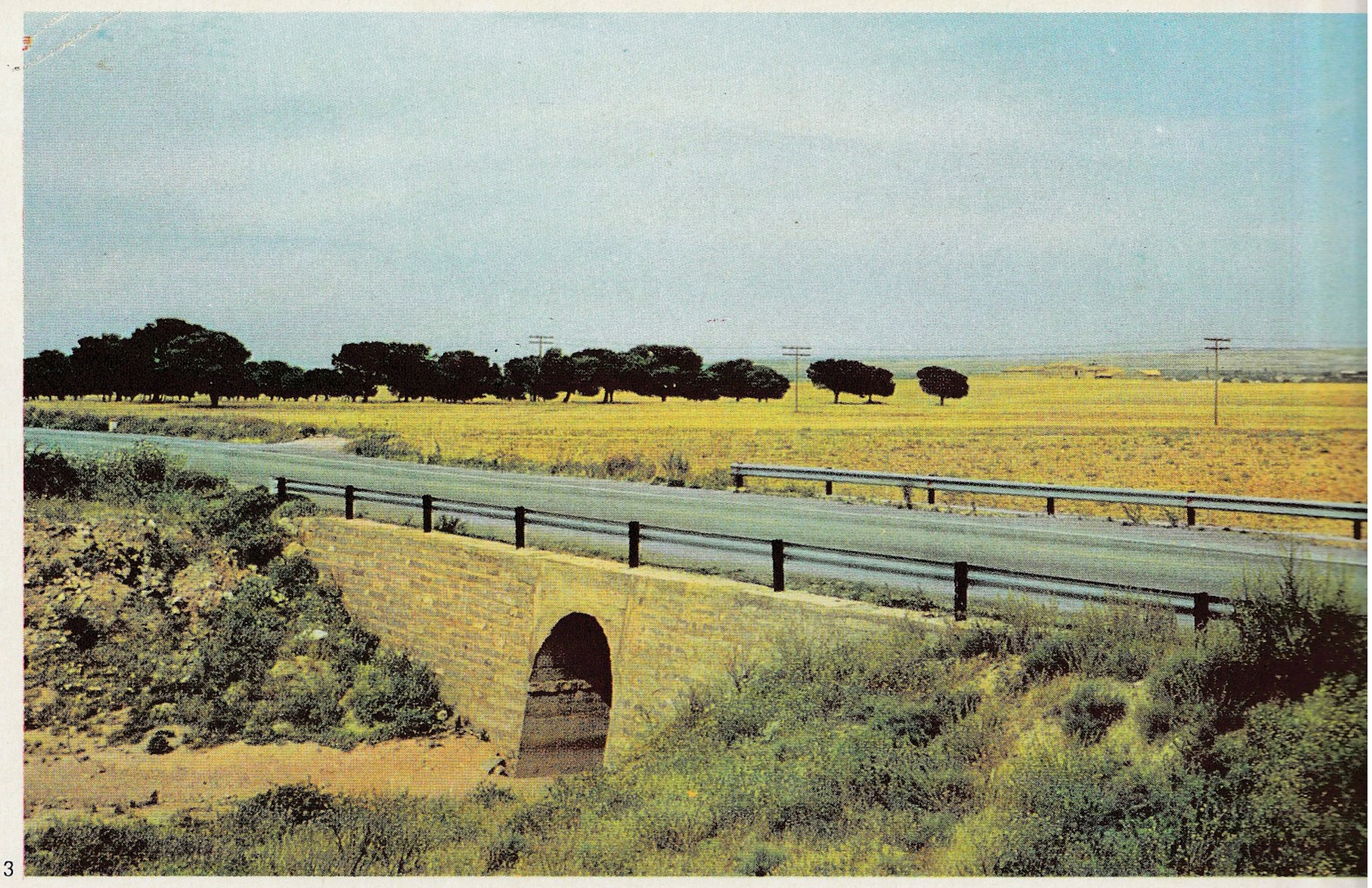




1—2

1-2.—Una escala y término del itinerario de aquel ejército que bajó desde el frío de Jaca a las inmediaciones de Huesca a través de una ruta geográficamente bellísima, históricamente absurda y cronológicamente ridícula (al frente de sus gastadores legionarios, Fermín Galán había logrado en Africa mejores marcas a pie). La plaza de Ayerbe, donde el mocerío gastó sus energías republicanas en festivo bailongo térmico-político, y la ermita de la Virgen de Cillas, bastión de la línea defensiva de Huesca, donde se detuvo el alucinado ejército de Jaca.

3.—Al recibir noticias de la sublevación de Jaca, el general Franco tomó, a lo que parece por propia iniciativa, la decisión de desplegar a sus cadetes para contener a los rebeldes justamente en este lugar de la carretera que entra en Zaragoza tras seguir el curso del Gállego.



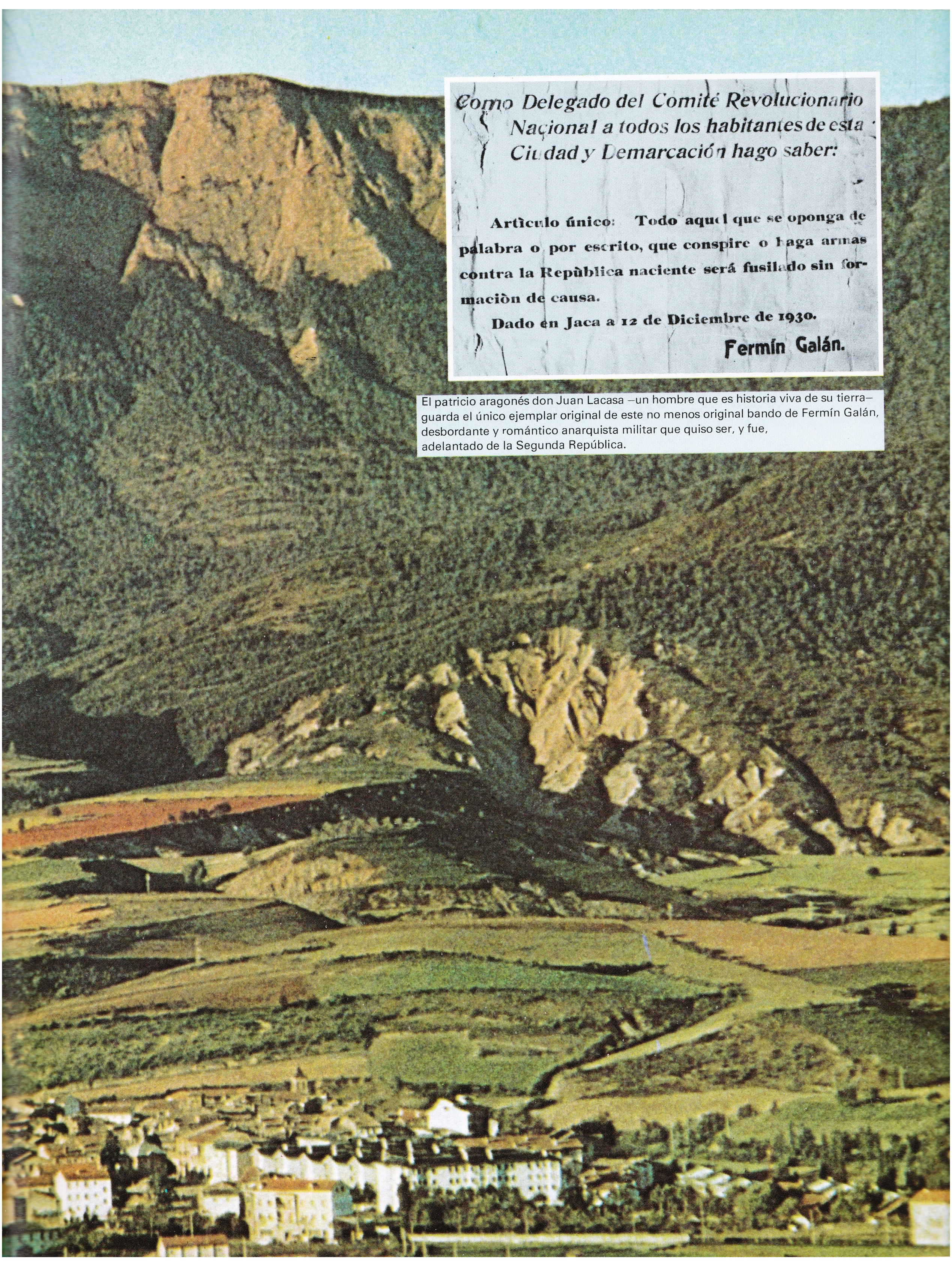
3

general Mola— eran cuatro: los militares jóvenes, parcialmente identificados con los militantes sindicalistas, que veían en esta alianza un medio de sacudirse el creciente poder de la F.A.I. sobre los sindicatos de la C.N.T.; los generales revolucionarios; los políticos profesionales unidos ya sentimentalmente en una nueva conjunción de republicanos y socialistas, ampliada y animada por los tránsfugas monárquicos de la primavera y, finalmente, el animado grupo de los universitarios e intelectuales superpolitizados. De todos estos grupos el más activo era, con mucho, el primero y dentro de él, el abanderado de la República durante todo el año 1930 no era otro que el comandante de Aviación Ramón Franco Bahamonde.

Un lector joven de hoy no comprenderá fácilmente que en la España de 1930, a pesar del prestigio profesional y del incipiente prestigio político de su hermano Francisco, cuando alguien hablaba de Franco todo el mundo entendía la referencia al héroe revolucionario del *Plus Ultra,* uno de los hombres más populares en toda la España contemporánea. El archivo de Mola va señalando las actividades propagandísticas de Ramón Franco casi semana tras semana de 1930; algunas veces, el levantisco aviador no tenía el menor reparo en actuar en Zaragoza, como el 29 de marzo, primera de sus visitas a la ciudad del Pilar, con el fin de atraerse partidarios para la República entre las guarniciones de su capitanía general. Sin embargo, el acto más importante de la ofensiva republicana en 1930 fue el famoso Pacto de San Sebastián, nacimiento formal de una nueva etapa de la conjunción antes aludida. Ramón Franco no asistió a la reunión del Círculo Republicano donde se acordó el pacto, pero contribuyó a preparar-la; estuvo en San Sebastián la víspera y se convirtió, inmediatamente después, en el más incansable de sus propagandistas. Era todavía el mes de agosto de 1930 cuando la policía de Barcelona registra su intervención en una junta subversiva del Paralelo, al lado de los sindicalistas Carbó y Peiró y de los militares Sancho y Sandino. En San Sebastián le acompañaba el capitán Pedro Romero, otro de los principales activistas republicanos en el Ejército, destinado en Bilbao.

El Pacto de San Sebastián marca el principio de la conspiración coordinada hacia la República; en realidad se trató de un convenio amplio de cooperación antimonárquica entre republicanos clásicos (Lerroux), neorrepublicanos ateneístas de 1924 (Azaña), monárquicos tránsfugas (Alcalá Zamora, Miguel Maura), separatistas catalanes de centro-

Defendido por la imponente mole del Oroel se extiende el idílico caserío de Jaca, antaño capital del Alto Aragón, "una ciudad donde como no sea el obispo y los canónigos no se subleva nadie" según apuntaba un augur a quien los hechos iban a dejar en mal lugar en diciembre de 1930.



Como Delegado del Comité Revolucionario Nacional a todos los habitantes de esta Ciudad y Demarcación hago saber:

Artìculo único: Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la Repùblica naciente será fusilado sin formaciòn de causa.

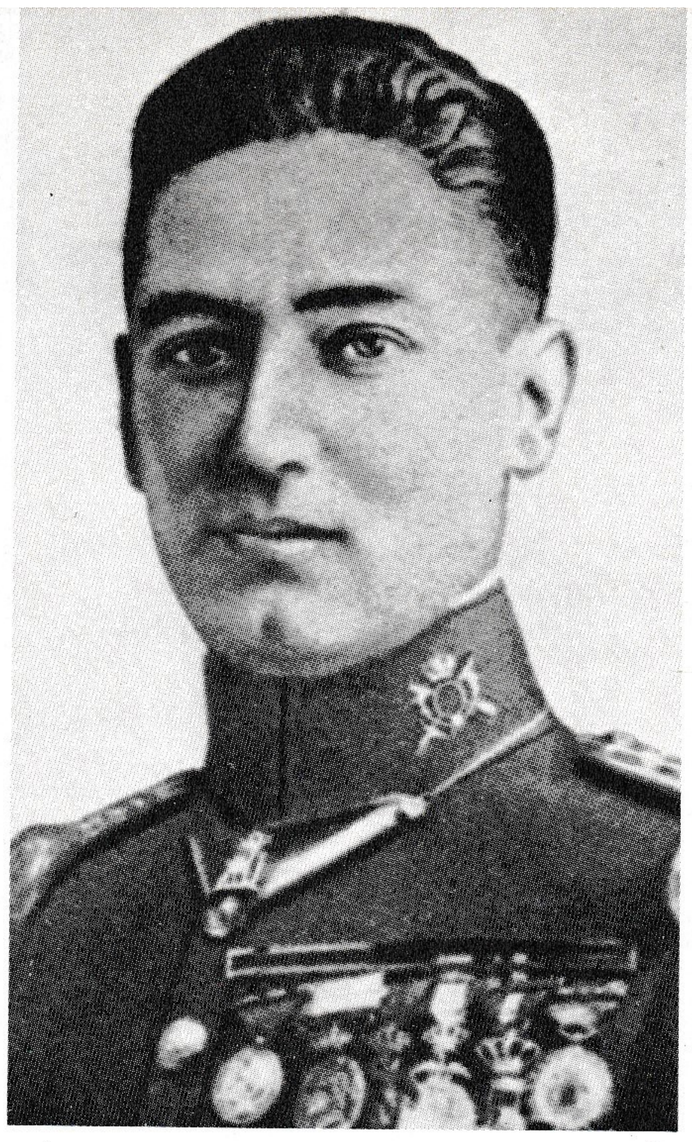
Dado en Jaca a 12 de Diciembre de 1930.

Fermín Galán.

El patricio aragonés don Juan Lacasa –un hombre que es historia viva de su tierra– guarda el único ejemplar original de este no menos original bando de Fermín Galán, desbordante y romántico anarquista militar que quiso ser, y fue, adelantado de la Segunda República.



1



2



3

1.–El pie original de esta fotografía equivale a un tremendo presagio a la entrada de la década: habla de *prisioneros* y se refiere a soldados españoles derrotados por otros soldados españoles. Son los vencidos de Cillas, que forman tristes en el patio de un cuartel de Huesca.

2.–Angel García Hernández, capitán de Infantería, segundo de Galán en la sublevación del 12 de diciembre, fusilado con él a raíz del fracasado intento y enterrado en el cementerio católico de Huesca frente a la tumba de su principal víctima, el general Lasheras.

3.–La tumba olvidada y rota de Fermín Galán, veterano jefe de exploradores del teniente coronel Francisco Franco, en el cementerio civil de Huesca. Sobre la losa hay un bronce republicano en catalán y a veces resucitan unas flores anónimas.

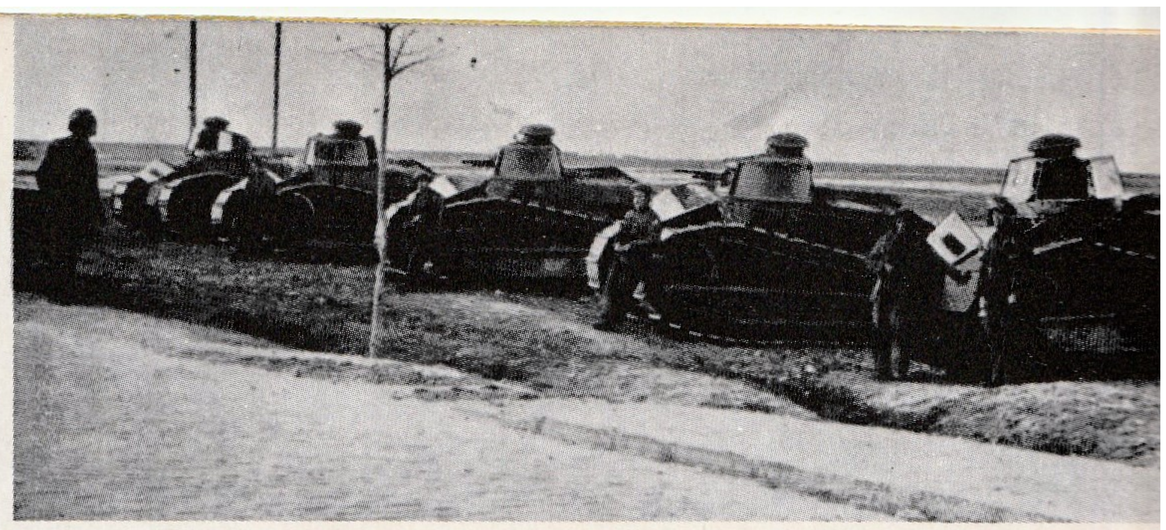
4-5-6.–Una secuencia de la sublevación más incruenta y anecdótica en la historia de España: Cuatro Vientos (Madrid), 15 de diciembre de 1930. El juzgado militar trata de enterarse de los sucesos de aquella mañana en el edificio principal; los carros de la Escuela de Tiro de Carabanchel aguardan las órdenes del general Orgaz, jefe de las fuerzas enviadas por el Gobierno contra los sublevados, y la columna que se dispone a tomar por asalto las instalaciones rebeldes. Inútil despliegue. Todo quedó en el arresto de unas docenas de oficiales, soldados y mecánicos tan sorprendidos como la propia tropa del Gobierno; pero los pájaros de más peso –desde Ignacio Hidalgo de Cisneros a Ramón Franco, pasando por Gonzalo Queipo de Llano– habían volado ya hacia Portugal, donde se les recibió con disimulado regocijo.
Media docena de sainetes políticos bastaron para derribar a un régimen que no era más que cáscara muerta.

derecha (Carrasco Formiguera) y socialistas (Indalecio Prieto, que, ante la indecisión de su partido, sólo participó a título personal). Los catalanes accedieron a retrasar el reconocimiento de su autonomía hasta la convocatoria de Cortes dentro de la República. El principal efecto del pacto —no fijado en documento especial alguno, sólo en una reseña publicada por *El Sol* al día siguiente— fue la creación de un órgano coordinador o comité revolucionario formado por las personalidades recién citadas y que se convertiría el 14 de abril de 1931 en Gobierno provisional de la República.

Al regreso de las vacaciones, el comité revolucionario empieza a reunirse en Madrid, en el hotel que poseía Miguel Maura en la calle del Príncipe de Vergara; el general Emilio Mola vigilaba desde dentro y desde fuera todas las reuniones, que casi nunca rebasaban el modesto nivel de tertulia clandestina. Ni él ni sus adversarios podían sospechar que el bulevar madrileño donde anidaba la gran conspiración republicana se llamaría, nueve años más tarde, calle del general Mola. Los dos objetivos fundamentales del comité fueron, en el más puro estilo decimonónico, preparar un manifiesto —dirigido, naturalmente, *al país*— y una «revolución» amparada en un pronunciamiento militar de dos alas: los generales antimonárquicos y los oficiales sindicalistas. La revolución se planeó para mediados del mes de diciembre de 1930.

El general Franco estaba informado casi al día de las andanzas de su hermano Ramón, a través de su amigo Emilio Mola y mediante contactos directos; durante el año conspiratorio de 1930 los dos hermanos cenaron juntos más de una vez, y las sobremesas se prolongaron tanto en la madrugada que algunos observadores pensaron que el propio director de la Academia General se sentía atraído por la oposición militante. Quienes estaban cerca del fondo del problema sabían que no; Alejandro Lerroux, por ejemplo, manifestaba ya entonces que Francisco Franco solamente se sublevaría en trance desesperado para España, no para cooperar a un simple cambio de etiqueta en el régimen. Después del Pacto de San Sebastián, los varios grupos conspiratorios progresan dentro del elemental esquema de información y coordinación forjado durante el verano. En septiembre llega a Madrid una delegación del comité nacional de la C.N.T. con Mauro Bajatierra, el propagandista revolucionario de 1917, y Rafael Vidiella. El 5 de octubre, Indalecio Prieto agita con su eficaz demagogia a los conspiradores y los grupos republicano-sindicalistas de Zaragoza. Pero los informes de la F.U.E. sobre la actividad política de los universitarios aragoneses continúan siendo negativos; el testimonio de un distinguido conspirador, el general Eduardo López Ochoa, lo confirma antes de acabar el año 1930: «Zaragoza, en cambio, se portó mal en todo momento, a pesar de los esfuerzos que hicieron los estu-







diantes madrileños enviando delegados constantemente, provistos de manifiestos y hojas clandestinas.»

El 8 de octubre, Franco cuenta con un invitado de honor para la inauguración del tercer curso de la Academia General: el príncipe de Asturias don Alfonso, que se retrata en el sillón del director con éste a su derecha y almuerza después con los cadetes. El rector de la Universidad, el ilustre químico Antonio de Gregorio Rocasolano, asiste también ahora al banquete inaugural en la Academia, junto a «representantes de todas las facultades», como dice la prensa local, situados a la cabecera de las mesas de los cadetes. Dos días más tarde Francisco Franco cena con su hermano Ramón y trata de disuadirle una vez más de sus proyectos revolucionarios; la cena se desarrolla en el piso madrileño del director de la Academia General. Fracaso completo: a la mañana siguiente, la brigada político-social de Emilio Mola detiene a Ramón Franco, junto a un grupo de conspiradores sindicalistas (Alejandro Sancho y Angel Pestaña) y a un amigo de todos ellos, enlace con la izquierda catalanista, el abogado Luis Companys. Con su hermano menor en Prisiones Militares de la carrera de San Francisco, el general Franco recibe el domingo 26 de octubre de 1930, en Zaragoza, la

Ante el complot UNA CARTA INUTIL

Emilio Mola fue llamado por Berenguer y por el general Marzo, su ministro de la Gobernación, para ocupar la Dirección General de Seguridad. De su paso por tan delicado puesto queda el testimonio que publicó en 1933 bajo el título *Lo que yo supe...*, **interesante galería de hechos y retratos de los últimos meses del reinado de Alfonso XIII. En estas memorias revela Mola que el 27 de noviembre de 1930 tenía ya información cumplida del complot republicano; sabía que Ramón Franco se hallaba escondido en Madrid; conocía los nombres del Gobierno provisional de la República que se haría cargo del poder; el contenido de su programa inicial, ya impreso; dónde se reunirían las unidades militares que iban a levantarse en armas; el ofrecimiento de Juan March —luego incumplido— de financiar la compra de armas para el pronunciamiento; el apoyo sindical con que éste contaba y el ofrecimiento que hizo a los artilleros de restituir el arma a la situación anterior a septiembre de 1926 si se sumaba al** *putsch;* **nombres de jefes militares comprometidos y, por supuesto, los planes de Fermín Galán. Lo asombroso del caso es que, con la anuencia de Berenguer, Mola llegase a escribirle esta carta:**

«Madrid 27 de noviembre de 1930.

Señor don Fermín Galán.-JACA.

Mi distinguido capitán y amigo: Sin otros títulos para dirigirme a usted que el de compañero y el de la amistad que me ofreció en agradecimiento por mi intervención en el violento incidente de Cudia Mahafora, le escribo.

Sabe el Gobierno y sé yo sus actividades revolucionarias y sus propósitos de sublevarse con tropas de esa guarnición: el asunto es grave y puede acarrearle daños irreparables. El actual Gobierno no ha asaltado el Poder, y a ninguno de sus miembros puede echársele en cara haber tomado parte en movimientos de rebelión: tienen, pues, las manos libres para dejar que se aplique el Código de Justicia Militar inflexiblemente, sin remordimiento de haber sido ellos tratados con menor rigor. Eso, por un lado; por otro, recuerde que nosotros no nos debemos ni a una ni otra forma de gobierno, sino a la Patria, y que los hombres y armas que la Nación nos ha confiado no debemos emplearlos más que en su defensa. Le ruego medite sobre lo que le digo, y, al resolver no se deje guiar por un apasionamiento pasajero, sino por lo que le dicte su conciencia.

Si hace algún viaje a Madrid, le agradecería tuviera la bondad de verme. No es el precio a la defensa que de usted hice ante el general Serrano, ni menos una orden; es simplemente el deseo de su buen amigo, que le aprecia de veras y le abraza.

Emilio Mola.

S/C., Zurbano, 37, 1.º, centro. Si me escribe, hágalo a mi domicilio.»

visita del ministro francés de la Guerra, André Maginot, que presencia complacido unos ejercicios de manejo de armas, recorre rápidamente algunas dependencias de la Academia y no oculta su aprobación ante los representantes de la prensa:

«M. Maginot —comenta el *Heraldo de Aragón* del martes 28 de octubre— manifestó a las autoridades que era la academia más a la moderna que conocía, quedando encantado del orden que observaba en todo. El general Georges le dijo que era debido a que tenían un sitio para cada cosa, y que la Academia era un centro de enseñanza del que había mucho que aprender.» El ministro francés elogia «el aspecto físico que presentaban los caballeros cadetes».

A los postres del banquete, Franco agradece al ministro francés el honor de la visita. Elogia el gesto de Maginot en la guerra mundial, al detener su carrera política para servir a su patria como soldado raso. «Por ello hoy —continúa— a la satisfacción de recibir al ministro de la nación amiga se une algo para nosotros muy querido, la del camarada francés de ese glorioso Ejército que en la campaña de Marruecos hemos aprendido a conocer y admirar, al combatir juntos por la causa de la civilización y del progreso.» Franco levanta la copa «por Francia, por vuestro Ejército y por el señor ministro, el gran patriota». Y termina con un «Vive la France», que en Zaragoza alcanza una resonancia especial.

André Maginot cierra los brindis con estas palabras que recogió la misma prensa del martes:

«Su majestad el rey me había hablado de vuestra Academia Militar, y le prometí visitarla y decirle mis impresiones sobre ella. No dejaré de telegrafiarle esta tarde para expresarle mi completa admiración y decirle sin exageración alguna que vuestra organización es perfecta, y que entre todas las escuelas militares de Europa es la vuestra, sin duda alguna, la más moderna.» Tras el brindis, André Maginot impone a Franco las insignias de comendador de la Legión de Honor.

Antes de salir en automóvil para Irún, el ministro francés invitó al general Franco para que asistiese a un curso de mandos superiores en la Academia de Saint-Cyr. Franco salió para Versalles el 3 de noviembre y advirtió en la famosa escuela militar francesa un espíritu, unos principios y unos patrones profesionales mucho más próximos a los que prevalecían en Zaragoza que los ofrecidos por la escuela de Dresde. Ya lo subrayó uno de sus biógrafos militares, George Hills. Franco comulgaba con la doctrina francesa de la concentración y potencia de fuegos y disentía del esquema prusiano de academias separadas por armas y vinculación regimental de los oficiales. Sería interesante compulsar ahora las notas de Franco al margen de los *Estudios de política militar francesa* publicados diez años atrás por otro visitante de Saint-Cyr, menos preparado técnicamente: Manuel Azaña.

La estancia de Franco en la República vecina dura un mes. En su curso se interesa —Africa todavía en el pensamiento— por los trabajos de la Ecole d'Etudes Orientaux aneja a la Sorbona. Y mientras transcurre ese mes de noviembre, la situación política española se va deteriorando peligrosamente. El día 12 han muerto cuatro obreros en el hundimiento de una casa en construcción de la calle de Alonso Cano en Madrid; el accidente sirve de pretexto para inculpaciones político-sociales, y el entierro de las víctimas inaugura en la España de los años treinta la trágica costumbre de politizar los actos fúnebres y convertir cada sepelio en causa inmediata de otros sucesivos. Como consecuencia inmediata, el ministro de la Gobernación, general Marzo, abandona la cartera. El día 15, en medio de la oleada emocional suscitada por el suceso, José Ortega y Gasset publica en *El Sol* su artículo celebérrimo, *El error Berenguer;* la frase más contundente es esta: «El Estado, en vez de ser inexorable educador de nuestra raza desmoralizada, no ha hecho más que arrellanarse en la indecencia nacional.» Arroja luego la tremenda sentencia final, las palabras que más daño hicieron a la Monarquía entre todos los ataques de ese año sin piedad política: «Españoles: el Estado no existe. ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monarchia.*»

El 23 de noviembre, Ramón Franco firma una selvática carta a Dámaso Berenguer y al atardecer siguiente su hermano el general se entera en Versalles de la evasión de Prisiones del incansable aviador. El 2 de diciembre, un perturbado periodista de *El Sol,* Joaquín Llizo, dispara al aire junto a Dámaso Berenguer en un salón de la Presidencia. El día 4, Franco está de vuelta en Zaragoza, cuando todos los rumores pronostican el inmediato estallido de la revolución republicana.

La revolución de diciembre iba a convertir en héroe y mártir de la inmediata República a Fermín Galán Rodríguez, un capitán explorador de las banderas legionarias de Franco; iba también a terminar para siempre con el mito revolucionario de su hermano Ramón. Fermín Galán, excarcelado de Montjuich a fines de 1929, publicaba en enero de 1930 su descomunal *Nueva creación*, de la que solamente consiguió



1

1.—Una indescriptible reunión en el puerto de Amberes, antiguo nidal de picas en Flandes y quijotismos imperiales. El ex coronel de Ingenieros Francisco Maciá recibe a dos héroes del *Plus Ultra,* Ramón Franco y Pablo Rada, tras el menos heroico vuelo Madrid-Lisboa, precipitada solución de una rebeldía aún más precipitada.

2.—El inefable manifiesto republicano del 21 de diciembre de 1930, sacado a flote por la mirífica pluma de don Niceto tras los sucesivos naufragios de casi todos los miembros del comité. Una República que venía como "revolucionaria" proclama aquí la defensa de la "seguridad de un patrimonio legítimamente adquirido".


¡ESPAÑOLES!
¡Viva España con honra!
¡Viva la República!

2

colocar unas docenas de ejemplares. Con su moral militar hundida marcha a Madrid para gestionar la baja en el Ejército; pero sus amigos Dámaso Berenguer y Emilio Mola le animan a perseverar, aunque no le facilitan el solicitado destino en Barcelona. Tiene que resignarse a marchar a la guarnición de Jaca, una ciudad donde la única persona capaz de sublevarse, según otro de los amigos de Galán, era «el obispo con sus canónigos». El 15 de mayo, Fermín Galán llega a Jaca, se presenta en el cuartel de la Victoria —sede del regimiento de Galicia— y obtiene alojamiento en la entonces Fonda Mur. Comienza inmediatamente su propaganda revolucionaria, que prende en casi todos los capitanes de la guarnición, y en bastantes clases y soldados del regimiento de Galicia y del batallón de la Palma. Los dos tenientes coroneles de Jaca se convierten en sus principales enemigos: Alejandro Beorlegui, ex legionario también, porque era monárquico convencido, y Julio Mangada, porque no podía consentir que un simple capitán se presentase como más revolucionario que él. Los mandos superiores no contaban y el espíritu militar de aquella guarnición ha sido fustigado con durísimas frases por Mola.

El comité revolucionario de Madrid fija varias fechas para el arranque del pronunciamiento, duda, retrasa. Galán, que se ha escabullido varias veces a Madrid, se desespera y no oculta su decisión de adelantarse a todos. Un fracaso amoroso durante el verano le anima al gesto heroico casi tanto como las conversaciones nocturnas con otro aventurero aún más genial que él, Antonio Beltrán «El Esquinazao», primer anarquista autónomo del Alto Aragón, taxista de Canfranc y responsable civil de la sublevación proyectada. A lo largo del mes de diciembre todos tratan de frenar al capitán de Jaca. Alejandro Lerroux le prohibe adelantarse; Emilio Mola le escribe una extraordinaria carta notificándole que conoce todos los planes y animándole a no sublevarse; y como emisario oficial del comité de Madrid, Santiago Casares Quiroga llega a Jaca en la noche del 11 al 12 de diciembre para impedir el mal paso que anunciaban varios exaltados telegramas del rebelde. Cansado del largo viaje, Casares se va a la cama antes de comunicar sus órdenes. Se despierta en la mañana del 12 con los primeros tiros de la sublevación de Jaca.

La historia completa del pronunciamiento de Fermín Galán resulta tan increíble que nadie se ha atrevido hasta ahora a arriesgar un prestigio de historiador en su revelación circunstancial. Pero es cierta. Galán proclama de mañana la República en una de las ciudades menos republicanas de España; uno de los conspiradores locales inventa, con un trapo morado la bandera republicana; Galán va congregando en el salón del Ayuntamiento a los mandos superiores de la guarnición, capturados de forma expeditiva, en paños menores (general gobernador) o dentro de un atadijo de cordeles (teniente coronel Beorlegui). Las fuerzas de orden público se someten tras una sangrienta escaramuza. Por las esquinas de Jaca se fijan bandos por los que se condena a muerte sin formación de causa a quienes en toda España se opongan al pronunciamiento. En medio de una confusión indescriptible se forma una caravana de camiones que transportan a medio millar de soldados rebeldes hacia Huesca; pero no llegan a las afueras de la capital —noventa kilómetros escasos— hasta la madrugada siguiente, 13 de diciembre. En el camino, Galán se ha enfrentado con el gobernador de Huesca, general Lasheras, que morirá poco después a causa de las heridas sufridas en el breve tiroteo; ha tomado Ayerbe al anochecer, para organizar un baile

El último complot antimonárquico FRACASO EN MADRID

Uno de los protagonistas del fracasado *putsch* de diciembre de 1930 contra la corona era Ignacio Hidalgo de Cisneros, un oficial de Aviación aristócrata metido a revolucionario por una simple carambola polémica en una reunión de compañeros. Sus memorias, publicadas en Bucarest bajo el irreprochable título de *Cambio de rumbo*, constituyen uno de los documentos más vivos y amenos para la crónica de los primeros cuarenta años del siglo XX español. (El cambio de rumbo fue tan violento que Hidalgo de Cisneros pasaría a ser el jefe —comunista— de la Aviación republicana durante la guerra civil del 36). Un amplio capítulo de aquellas memorias está dedicado a explicar los preparativos del complot de diciembre. Lamentablemente su extensión impide reproducirlo aquí íntegramente y habrá de quedar reducido a unos párrafos de muestra. Más difícil aún resultaría extractar su relato de la puesta en marcha del pronunciamiento, con episodios realmente divertidos al lado del dramatismo —nunca subrayado por el autor— del fracaso y la huida a Portugal en un avión casi inútil para el vuelo.

«El prestigio de Ramón Franco, en aquellos días, había llegado a límites increíbles con su última aventura, escaparse de la prisión militar donde estaba detenido. Toda la prensa dedicaba grandes espacios a comentarla. Los reaccionarios, con indignación, pidiendo medidas enérgicas. Los de izquierda, con gran simpatía. Se escribieron los relatos más fantásticos sobre los medios empleados para su fuga. En toda España se hablaba de Franco. Se recordaba que había sido el primer aviador en el mundo que atravesó el Atlántico. Su posición clara en contra de la Dictadura y del Rey, su valor para declarar públicamente sus ideas, la carta que publicó en un periódico en contra de su hermano Francisco, metiéndose brutalmente con él, llamándole fascista y reaccionario, su prisión y otros episodios de su vida, más o menos ciertos, habían hecho de él un personaje rodeado de un ambiente romántico, querido por el pueblo y odiado a muerte por la reacción.

Cuando entré en la habitación donde estaba escondido Franco, me quedé sorprendido por su aspecto. Estaba muy pálido por llevar mucho tiempo sin salir a la calle. Su palidez contrastaba con una gran barba que se había dejado crecer, muy negra, y unos pelos muy largos y revueltos. Tenía puesto un traje de paisano, bastante estropeado, y una camisa abierta a cuadros, de franela, que dejaba al descubierto la abundante y negra pelambrera de su pecho. Era un verdadero tipo de bandido de Sierra Morena; daba miedo verle. Si sale a la calle en aquella forma, no hubiera dado un paso sin ser detenido.

Franco y yo teníamos una gran amistad, habíamos estado mucho tiempo juntos y creo que nos apreciábamos mutuamente. Conocía sus buenas cualidades y sus defectos: era inteligente, con gran facilidad para darse cuenta de las cosas rápidamente, pero al mismo tiempo tenía una serie de manías y de cosas raras que no había medio de quitárselas. Una de ellas era ir mal vestido; siempre solía llevar trajes o uniformes viejos o sucios, a veces le daba por hacer las cosas más inesperadas, sin preocuparse para nada de las consecuencias. Era un verdadero salvaje, y le iba muy bien el apodo que le habían puesto en aviación: «El Chacal». Al preguntarle por qué estaba disfrazado de aquella manera, me contestó muy serio que para que no le conocieran. Conseguí convencerle para que se afeitase, se cortase el pelo y se vistiese de uniforme pues hubiese sido disparatado presentarse con aquella pinta en Cuatro Vientos, como tenía pensado.

En líneas generales me dio una idea del movimiento. Estaba organizado de la siguiente manera: al amanecer del día X comenzaría la sublevación en Madrid y en varias guarniciones de provincias. Ya estaban en sus puestos los generales y jefes que tomarían el mando de las fuerzas. Por lo que se refiere a los civiles, el día X se declararía la huelga general en toda España. Estaban movilizados los partidos de izquierda. Los dirigentes políticos tenían cada uno designado su puesto. Según Franco, el golpe estaba bien preparado y el triunfo era casi seguro.

La junta revolucionaria había asignado a Cuatro Vientos una de las tareas más importantes del movimiento. Cuatro Vientos debía iniciar la sublevación, teníamos que apoderarnos del aeródromo en las primeras horas del día X, para tener tiempo de preparar los aviones encargados de lanzar sobre Madrid las proclamas y los avisos llamando a la sublevación y armarlos con bombas y ametralladoras. Desde la radio del aeródromo daríamos a toda España la noticia de la proclamación de la República y lanzaríamos un llama-

republicano en la plaza bajo las ráfagas heladas del diciembre pirenaico, y ha desplegado al fin sus tropas ante la ermita de la Virgen de Cillas, a dos kilómetros de la entrada de Huesca, donde le espera una columna de esa comandancia a las órdenes del general Angel Dolla, el valeroso jefe de las columnas montadas del Nekor en 1926. La batalla de Cillas es un sainete; Galán vaticina a sus soldados que sus hermanos de armas no dispararán, justamente cuando estallan entre los rebeldes las primeras granadas rompedoras. Los capitanes García Hernández y Salinas tratan de convertir su parlamento en propaganda y son detenidos sin contemplaciones; los sublevados, helados y hambrientos, se desbandan al primer tiroteo y Fermín Galán se entrega poco después al alcalde de Biscarrués.

Al atardecer del 12 de diciembre, Franco recibe de capitanía las primeras noticias de Jaca y, según parece, por propia iniciativa, ordena a sus cadetes el despliegue sobre la carretera de Huesca, para cerrar a los rebeldes el acceso a Zaragoza.

Consternado por la anticipación y el fracaso de Jaca, el comité revolucionario de Madrid decide, a pesar de todo, mantener la última de sus fechas revolucionarias, 15 de diciembre, para el levantamiento militar republicano en toda España. Pero los generales y los oficiales comprometidos no hacen absolutamente nada —Villa Abrille en Burgos, Núñez de Prado en Logroño, López Ochoa en Barcelona— con una excepción al borde del ridículo: Cuatro Vientos, resumida en otro lugar de este capítulo por la pluma inimitable de Ignacio Hidalgo de Cisneros. Don Gonzalo Queipo de Llano y sus colegas de conspiración se dirigen en taxi a su cita carabanchelera con la Historia. Dicen que se sublevan, ante el estupor de la guardia del aeródromo. Ramón Franco despega para bombardear Palacio, pero se contenta con lanzar unas octavillas subidas de tono en cuanto adquiere una información táctica no facilitada por el estado mayor de la sublevación: la plaza de Oriente está llena de niños que juegan. Desde el avión, en vuelo rasante, se indigna al ver que la cooperación socialista a la proyectada huelga revolucionaria es nula; los madrileños toman tranquilamente el tranvía o examinan las carteleras de espectáculos para elegir teatro. Todo acaba en una huida por los aires hacia Portugal y en un divertido exilio en una pensión de París.

miento al pueblo para que apoyase al nuevo régimen.

Al mismo tiempo, la guarnición de Campamento, núcleo fuerte de la de Madrid, que estaba comprometida en el movimiento, se dirigiría a la capital para, con ayuda de los obreros y de una parte del pueblo, apoderarse del Palacio Real y de los principales edificios públicos. Un fuerte grupo de estudiantes estaba preparado para ayudar a las fuerzas republicanas.

Al día siguiente fui a la reunión de los militares que me había indicado Sandino. Se celebraba en la casa de un capitán de Infantería que se llamaba Fuentes, al cual yo sólo conocía de referencias, y éstas no eran muy buenas.

El tono de la reunión me pareció bien: por lo que dijeron allí, era segura la sublevación de las fuerzas de Campamento, encomendada a Queipo. Se daba por descontada la toma de los principales cuarteles de Madrid. También estaba asegurada la huelga general y el triunfo del movimiento en varias provincias, donde, por lo visto, estaba todo perfectamente preparado.

Cuatro Vientos debía dar la señal a la seis de la mañana, lanzando desde los aviones las señales para suspender el tráfico, comenzar la huelga general, el ataque a los cuarteles, esparcir proclamas por toda la capital, y, si no podía tomarse el Palacio Real, debíamos bombardearlo.

Al día siguiente las cosas se complican de una manera alarmante. No sé por qué razones, los capitanes Galán y García Hernández se adelantan a la fecha señalada para la sublevación

Después de analizar la nueva situación creada con los sucesos de Jaca, acordamos que debíamos cumplir lo que habíamos prometido, es decir, ir a Cuatro Vientos y procurar realizar lo que teníamos preparado.»



1



2

Pero la movida mañana del 15 de diciembre se ensombrecía con el recuerdo reciente del final de Jaca. El consejo de guerra sumarísimo, reunido en la sala de banderas del regimiento de Valladolid, en Huesca, condenó a muerte a los capitanes Galán y García Hernández a última hora de la mañana del 14 de diciembre de 1930. El Gobierno, informado oficial y extraoficialmente, decidió abstenerse por completo y no propuso al rey el indulto. La sentencia se cumplió minutos después de las tres de la tarde en el camino viejo de Fornillos, junto a los Polvorines Nuevos. Angel García Hernández se confesó. Fermín Galán murió también conforme a sus ideas y pidió tierra en el cementerio civil, donde siguen descansando hoy sus restos, entre flores que a veces renacen.

Varios miembros del comité revolucionario —Alcalá Zamora, Maura, Casares, Albornoz— pasaron inmediatamente a la Cárcel Modelo de Madrid. Los socialistas, a los que Mola no quiso detener, exigieron espontáneamente su procesamiento y prisión; el Gobierno accedió y nimbó anticipadamente de gloria carcelaria a Fernando de los Ríos y Francisco Largo Caballero. Prieto, experto en fugas, huyó una vez más a Francia; Azaña y Lerroux se escondieron en Madrid. Domingo, Nicolau y Martínez Barrio pudieron escapar también.

A finales de diciembre, el Gobierno trata de calmar la inquietud militar con una subida general de sueldos; mil quinientas pesetas anuales a los capitanes, dos mil a los generales de brigada, quinientas a los segundos tenientes, nada

1.–Cuatro días antes de iniciarse el consejo de guerra ordinario por la rebelión de Jaca, la Academia General volvió a ocupar un lugar destacado en la información gráfica de la prensa zaragozana. El motivo fue la visita de otra misión militar francesa, presidida ésta por el general Chauvineau, director de la Escuela de Ingenieros de Versalles, que aparece en la imagen a la izquierda de Franco, presenciando el desfile de los cadetes en el patio de la Academia. Acompañan a ambos generales, de izquierda a derecha, el comandante Conquet, los tenientes coroneles Frère y Condanne y el jefe de estudios del centro zaragozano, coronel Campins.

2.–Mientras la Monarquía agoniza, se celebra en la Ciudadela de Jaca el segundo consejo de guerra por los sucesos de diciembre, que se abre con las posibles conmutaciones ya cantadas y en el que participa como vocal el general Franco, que sólo había actuado como testigo en el primero.

a los capitanes generales. Hay que conocer el sueldo base de un general de brigada, como Franco en Zaragoza, desde el 1 de enero de 1931: 17.000 pesetas al año. Por aquellos días, en una visita de inspección calificada por él mismo como «viaje informativo», Mola visita a Franco en Zaragoza. Ha dejado un testimonio revelador:

«El ambiente de la oficialidad era francamente hostil al régimen. Unicamente la Academia General Militar permanecía al margen completamente del apasionamiento político.»

¿Ironía en la despedida militar del rey?

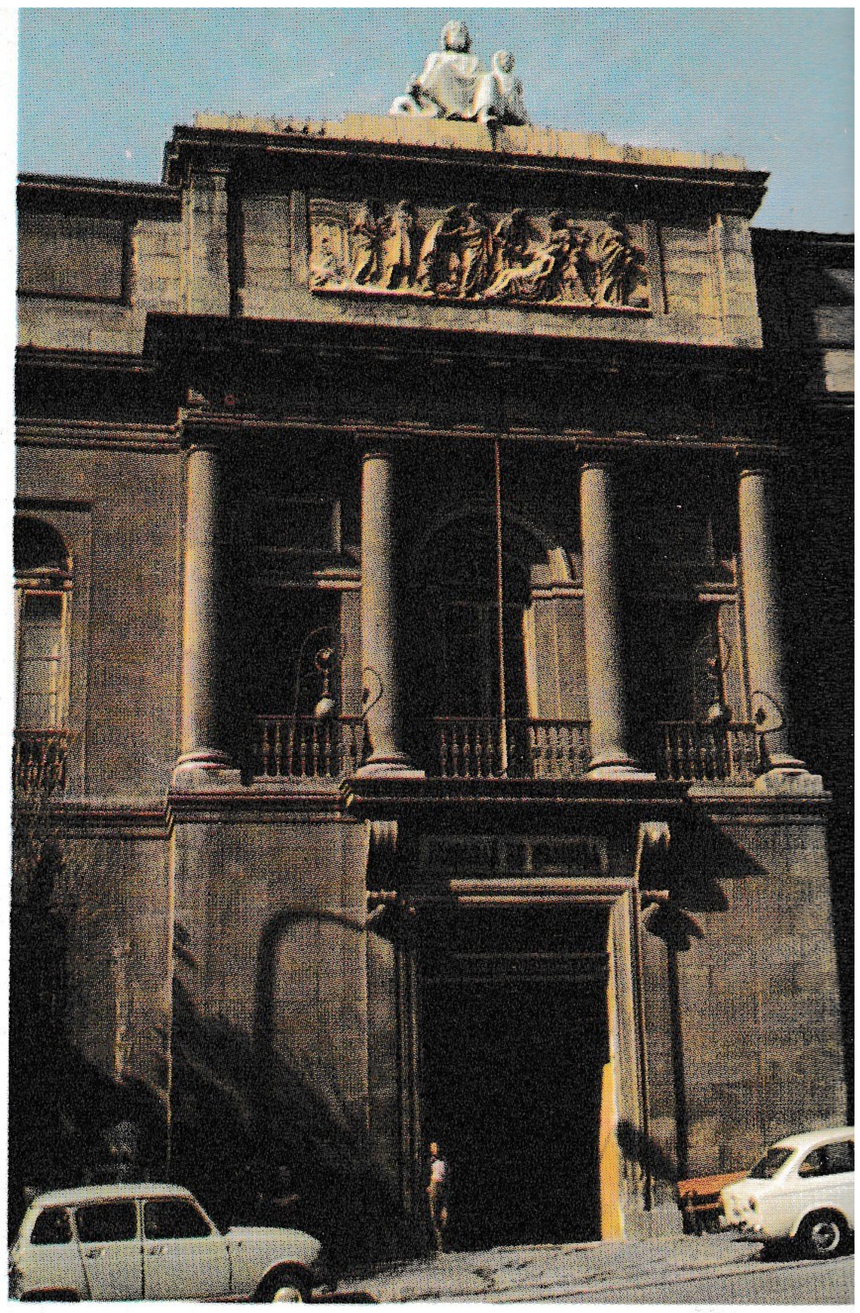
Los estertores de la Monarquía durante el primer trimestre largo del año 1931 han sido ya resumidos y comentados muchas veces; la última y mejor de todas las versiones, entre la cinematografía y la historia, está en la obra maestra del profesor Jesús Pabón. Una rápida evocación cronológica de aquellas tristes semanas alocadas puede ayudar a adentrarse en las impresiones del general Franco en medio de la tormenta y la aurora republicana.

Tras una prolongación, durante la cuesta de enero, del armisticio político navideño, es el mismo jefe del Gobierno de la Monarquía quien desencadena, con una frase inocente y explosiva, el asalto final contra el régimen en ruinas. El 20 de enero de 1931, Dámaso Berenguer declara oficiosamente que el republicanismo no es pecado. Tampoco lo era, si hemos de atender a la sentencia popular, el monarquismo; el día del santo del rey, 21 de enero, centenares de pliegos se llenan, en Mayordomía, con miles de firmas indiscriminadas. Una reacción popular semejante se registrará después, en la Estación del Norte, cuando miles de madrileños se congregan espontáneamente para recibir a la reina que regresa de Londres; la noticia hunde en el desánimo a los presos del comité revolucionario en la Cárcel Modelo de Madrid. Muy pronto se iban a encargar los monárquicos de reanimarles.

El 1 de febrero de 1931, Santiago Alba y Francisco Cambó vuelven a encontrarse en París; posiblemente tenían ya arreglado verbalmente el porvenir político de España cuando ese provenir se les había escapado ya entre tantas conversaciones extramuros. Impresiona mucho más al país el manifiesto publicado en *El Sol* del 10 del febrero por José Ortega, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala como lanzamiento de una «Agrupación al Servicio de la República». Es la movilización general de uno de los grupos activistas antes reseñados contra la Monarquía. «Movilizar a todos los españoles de oficio intelectual», es, en efecto, el principal objetivo de los firmantes. Las andanadas son una maravilla de planteamiento y ejecución táctica: «El Estado español tradicional llega ahora al grado postrero de su descomposición.» «No procede ésta de encontrarse frente a sí la hostilidad de fuerzas poderosas, sino que sucumbe corroído por sus propios vicios sustantivos.» Intentan los autores del manifiesto una vía media «entre fascismo y bolchevismo»; concitan contra la Monarquía «una formidable presión de la opinión pública». Insisten en la convocatoria de la juventud. Y, entre dos iniciativas firmadas por dos Primo de Rivera, no se presentan como partido, sino como movimiento, como «leva general de fuerzas», «organismo de avanzada». Terminan con unas palabras que la perspectiva llenará de presagios: «La República será un símbolo.»

Dámaso Berenguer prosigue heroicamente su imposible revitalización constitucional. Publica su programa de convocatorias electorales a tres niveles: municipal, provincial y general. La oposición dinástica y antidinástica se une en una abierta reacción abstencionista. Uno tras otro, los partidos y los grupos políticos personalistas van anunciando su abstención. Pero el golpe de gracia al Gobierno viene desde dentro del campo monárquico: es la nota irresponsable que el 13 de febrero publican el conde de Romanones y el marqués de Alhucemas —los «liberales del interior»— para unirse al coro de los abstencionistas. Berenguer está solo y dimite. La Monarquía queda a la deriva.

Por primera vez, el final de la Monarquía parece cuestión de horas excepto para los republicanos, que no se

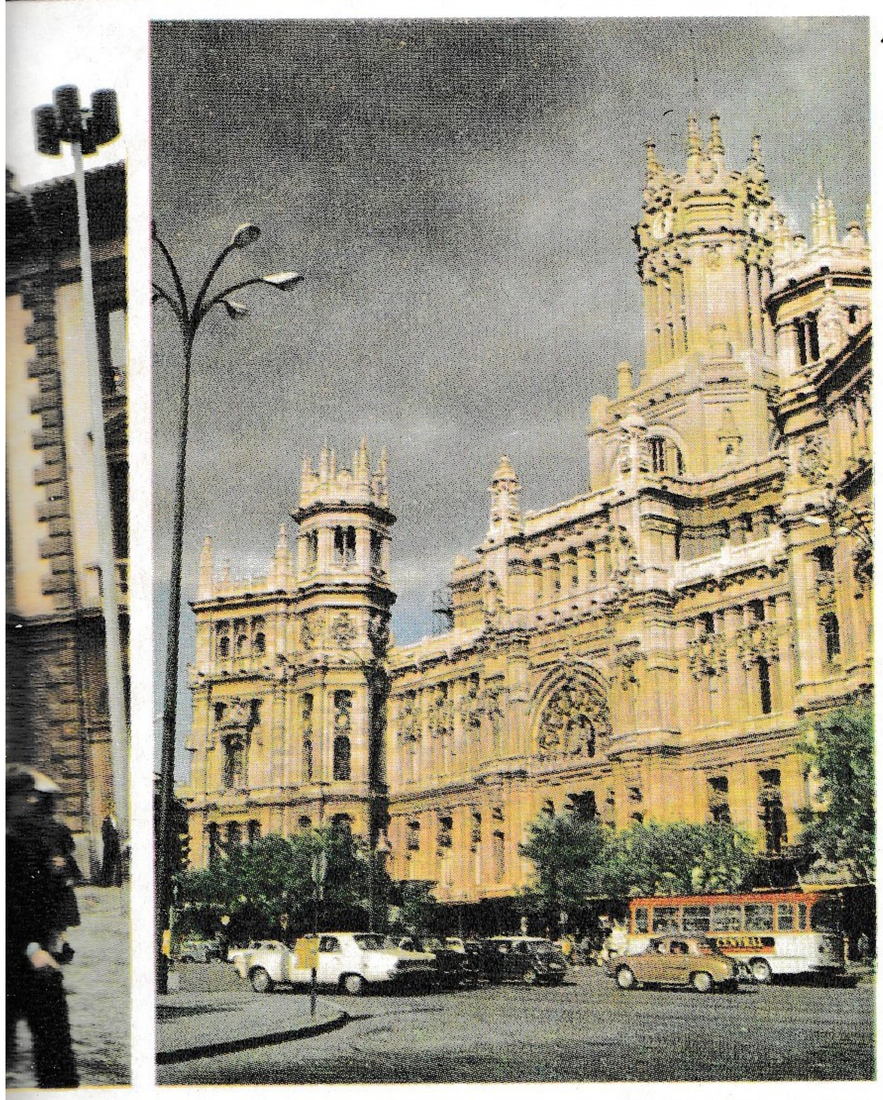


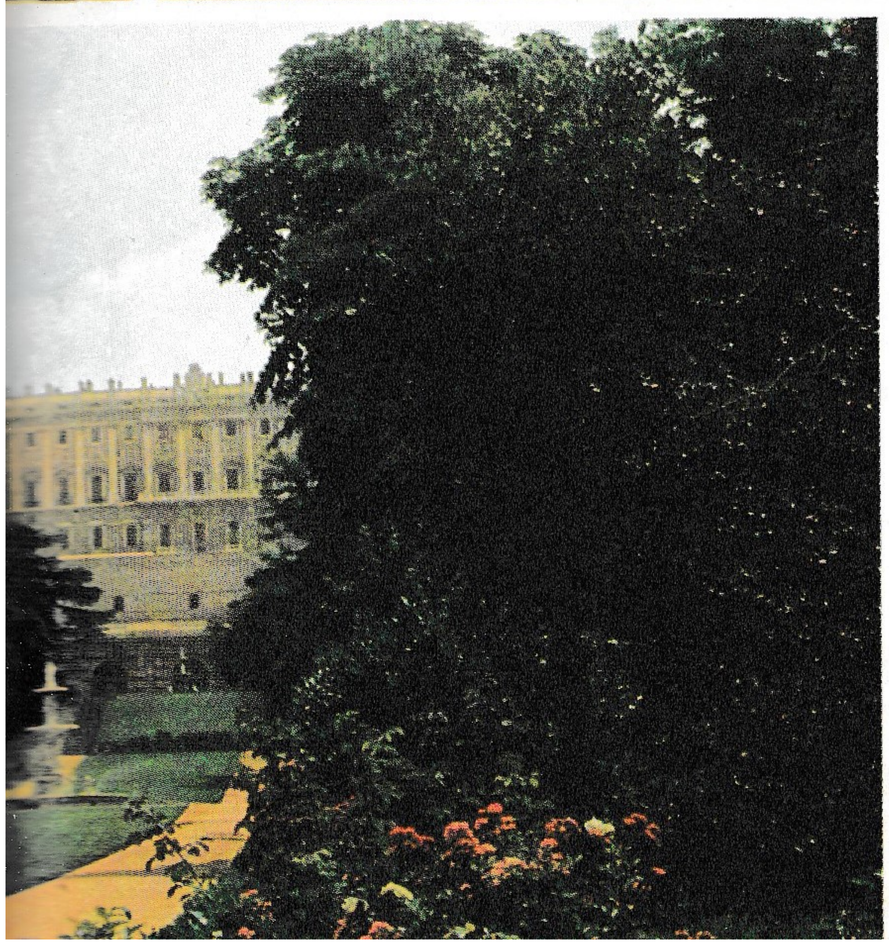
1



3







atreven a creerlo. Alfonso XIII, desbordado, nervioso, esgrime una y otra vez la peligrosísima amenaza de su abandono, que ya no impresiona a casi nadie. Y hace algo peor: encarga la formación de un Gobierno al hombre que le había negado tres veces desde 1923, José Sánchez Guerra. La reacción del personaje fue enteramente normal en aquel clima de suicidio; salió de Palacio con el encargo y marchó directamente a la Cárcel Modelo para ofrecer el Gobierno a los presos del comité revolucionario; para ofrecer a los republicanos los ministerios de la Monarquía. Para la historia, que actúa sobre movimientos profundos, no ante etiquetas oficiales, esa gestión de Sánchez Guerra el 16 de febrero no es solamente la vergüenza de la Monarquía: es su final.

Una gestión desesperada de Juan de la Cierva y Peñafiel prolonga inútilmente la agonía del régimen durante unas semanas. Se constituye un nuevo Gobierno de concentración espectral, al que dan sus nombres, sin ilusión alguna, el propio La Cierva, Romanones, Ventosa, Alhucemas, y otras sombras del pasado, entre ellas, el propio Dámaso Berenguer, que sigue, postrado en un sillón de ruedas, al frente del Ministerio de la Guerra. Emilio Mola accede contra su deseo a mantenerse en la Dirección General de Seguridad. Hay un instante de esperanza cuando el crédito personal de Ventosa consigue un decisivo apoyo extranjero para apuntalar la peseta; pero aquel grupo discordante de viejos políticos nada puede hacer ya bajo la presidencia inoperante del capitán general de la Armada Juan Bautista Aznar, el hombre menos informado de aquella España sin información.

Y la misión principal del almirante Aznar, a la luz de la historia, fue precisamente la de preparar al rey el camino hacia el bello puerto mediterráneo de donde le llamaran para presidir un Gobierno.

Ese Gobierno prepara «las más honradas elecciones de la Historia de España» en su fase primera, municipal, mientras el 3 de marzo de 1931, en plena moda centrista, se constituye, un poco tarde, el directorio de un nuevo grupo político: el Centro Constitucional de Cambó-Maura, calificado con acierto como «eslabón entre el maurismo y la C.E.D.A.» (la futura Confederación Española de Derechas Autónomas de Gil Robles). Cuando la derecha se ve acosada históricamente por la izquierda se transfigura siempre en algo llamado centro. La sucesión de los días es para nosotros sobrecogedora. Estalla el último mes de la Restauración al garete: el 14 de marzo de 1931 aparece el primer número de una publicación política extremista, *La Conquista del Estado*, con auxilio económico, parece, de la Dirección General de Seguridad. Allí se reproduce un manifiesto de principios de año que puede considerarse como el protoevangelio del fascismo español. Lo firma un grupo de universitarios orteguianos y patriotas presidido por Ramiro Ledesma Ramos y Ernesto Giménez Caballero. «Defendemos —dicen— un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias.» Entre sus postulados están la afirmación nacional y la exaltación unitaria; la articulación comarcal del Estado; la es-

1.–Entrada a la Facultad de Medicina de Madrid, donde se provocaron los gravísimos desórdenes que culminaron en el "motín de San Carlos" del 25 de marzo de 1931.

2.–Tras el fallo del tribunal Burguete, don Niceto Alcalá Zamora, presidente del comité revolucionario, sale en libertad. Antes de un mes sería jefe del Estado.

3.–Aunque el pionero en la carrera republicana fuese el Ayuntamiento de Vigo que, en la madrugada del 14 de abril, hizo la proclamación, posterior y temporalmente frustrada, de la Segunda República, en el balcón principal de este otro Ayuntamiento, el de la villa guipuzcoana de Eibar, se izó su primera bandera. Eran las 7 de la mañana de ese mismo día. El ministro de la Gobernación, marqués de Hoyos, apenas dio importancia a la impaciencia republicana de los eibarreses cuando Mola fue a darle la noticia en su despacho. Horas más tarde, una bandera igual sería izada en el balcón de ese mismo despacho.

4.–Sobre este discutido, pero ya imprescindible edificio de Correos –*Notre Dame des Communications* le llamó un certero embajador francés– ondeaba, a las tres de la tarde del 14 de abril, la primera bandera tricolor madrileña.

5.–Por esta salida de Palacio en el Campo del Moro emprendió el rey Alfonso XIII, al filo de la noche más tensa y silenciosa de su vida, el camino del destierro.

tructura sindical de la economía; la difusión imperial de nuestra cultura. El número 9 de la publicación dirigirá una enérgica carta a un hombre admirado, el comandante Ramón Franco, con el titular «¡Hay que hacer la revolución!».

Mientras algunos madrileños coleccionistas de panfletos se preguntaban qué significaba semejante conquista estatal, todos leían en la gran prensa española las noticias del consejo de guerra ordinario celebrado en Jaca entre los días 13 y 16 de marzo de 1931 contra 63 encartados, capitanes, subalternos, clases y soldados que participaron en las algaradas de diciembre. El consejo de guerra se constituyó en la admirable Ciudadela jacetana de Felipe II; uno de sus vocales era el general Francisco Franco Bahamonde. Ratificó el consejo ordinario las conclusiones del sumarísimo en torno a la condena de Galán y García Hernández. Fue precisamente Franco quien sentó la doctrina jurídica sobre el asunto, entre la aprobación general del Ejército de entonces, como se recogió en el folio 210 y siguientes del proceso:

«La justicia militar —afirma Franco en Jaca— no es, ni ha sido nunca, un fuero; ha sido una necesidad que los delitos militares, de esencia puramente militar y cometidos por militares, fuesen juzgados por personal preparado militarmente para esa misión. Por eso se les exigía y se les exige una mínima categoría militar en los códigos, que representa un encanecimiento en el servicio de las armas, y al mismo tiempo haber vivido e interpretado centenares de veces la esencia de nuestros códigos y reglamentos.»



1

El auditor José Casado García, que actuó de ponente en los dos consejos de guerra, ha escrito sobre la actuación de Franco en el de 1931 en Jaca:

«...Cuando el general Franco, con quien no había cruzado la palabra hasta aquellos días, expuso su opinión autorizadísima, que fue compartida por los demás miembros del tribunal, de una manera verdaderamente magistral y tan maravillosamente como sólo podía hacerlo hombre de su talento, de su cultura y de sus conocimientos militares. ¡Qué alegría la mía ir en tan buena compañía!». José Casado publicó estas apreciaciones en plena República, dentro de una apología de su actuación en el capítulo XVIII de su libro:

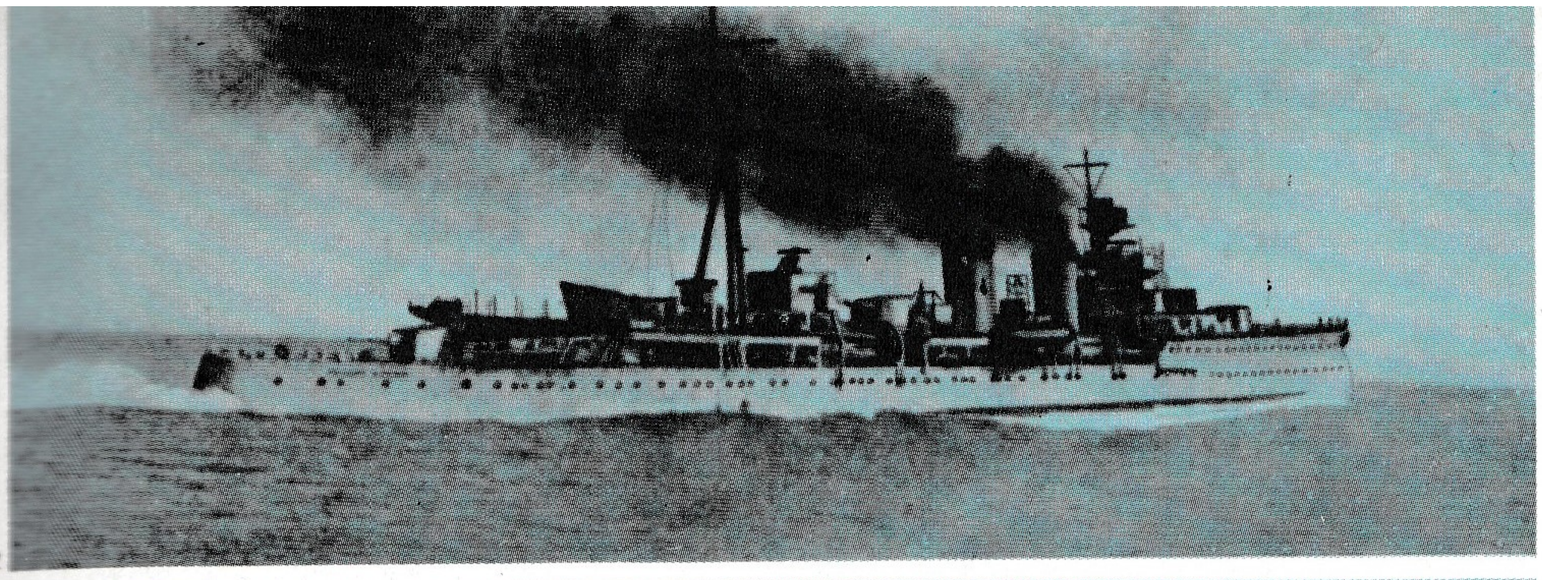
«Por lo que al Ejército se refiere, con el que yo estaba más en contacto que con la opinión pública después de haber dejado la Presidencia del Gobierno y por ello el enlace con sus principales organismos de información, no se señalaba en él peligro alguno de carácter inmediato. Ya en mi carta circular a los capitanes generales del 10 de febrero (de 1931), en vísperas de las elecciones a diputados que me proponía llevar a cabo, y dándoles intrucciones para el periodo electoral, les decía: 'No he de citar la actitud del Ejército, pues si en fecha no lejana, el pasado diciembre, éste pudo participar por algunos de sus elementos en la revuelta, dados los informes que recibo de todos los capitanes generales y lo que yo por mí puedo observar desde el Ministerio, todas las señales son de que ha de permanecer alejado de la contienda, ocupando el lugar que le corresponde de mantenedor del orden y garantía del régimen y de las instituciones.'

Existía, ahora hay que reconocerlo, mayor desorientación y pesimismo, determinado por la crisis, sus desmoralizantes episodios y, más señaladamente, por la celebración del juicio contra el comité revolucionario, escena a que dio lugar, y aquella sentencia que confirmó la impunidad con que se podía atacar al régimen, poniendo de manifiesto la creciente descomposición que dominaba. Muchas de las heridas que se produjeron durante la etapa dictatorial no estaban completamente cicatrizadas; pero, en general, el espíritu que imperaba entre la oficialidad era el de reintegrarse a la disciplina, de mantenerse en el estricto cumplimiento de sus deberes militares, alejados de la política, dejando el pleito planteado para que fuese resuelto en su totalidad por los llamados a ello y por el sufragio.

Gran parte de la oficialidad —como muchos de los funcionarios del Estado y miembros de otras agrupaciones profesionales— asistían a aquella contienda política, que se estimaba de gran trascendencia en el desarrollo de sus diferentes etapas, sin el calor que requería el problema planteado, influidos por las decepciones a que dio lugar el periodo de anormalidad. Reconociendo el desgaste sufrido por

Ante el fin de la Monarquía EJERCITO Y POLITICA

Bajo el título *De la Dictadura a la República* **se han escrito dos libros de enfoque e intención harto dispares: el del general López Ochoa, publicado en 1930, de tendencia claramente antimonárquica, y el de Dámaso Berenguer, actor político de primera línea durante el último año del reinado de Alfonso XIII, indisimuladamente afecto al rey. Por la calidad de su testimonio, escrito en 1935, se aporta a continuación el dictamen de Berenguer sobre la actitud del Ejército ante el inminente fin de la Monarquía, incluido**



2



3

1.—La Puerta del Sol madrileña, con el histórico Ministerio de la Gobernación como foro, refleja el 15 de abril de 1931 ese "optimismo nacional" que, junto a la "justicia social" (dos cosas que España necesita apremiantemente), aportaba, en apariencia, el movimiento republicano, según palabras escritas por José Antonio Primo de Rivera tres años más tarde.

2.—El *Príncipe Alfonso,* crucero donde, a lo largo de casi toda la travesía Cartagena-Marsella, el rey Alfonso XIII pensaba todavía en un regreso triunfal, llamado por su pueblo. Olvidaba quizá que casi nunca llaman los pueblos a los reyes que se van.

3.—Pasó el 14 de abril. La bandera republicana ondea ya en todos los edificios oficiales de España, menos en éste: la Academia General Militar de Zaragoza. Franco no haría arriar la bicolor hasta recibir orden expresa del nuevo jefe de la división, Ruiz Trillo.

en los procesos. El consejo ordinario condenó a muerte al capitán Sediles y pronunció cinco condenas a cadena perpetua y varias penas menores, además de seis absoluciones. Antes de iniciarse el consejo de guerra, el Gobierno Aznar había anunciado el indulto en caso de necesidad. Así se hizo.

El comienzo del consejo en Jaca fue precisamente el pretexto para una ofensiva general de oposición universitaria al Gobierno, iniciada con las habituales algaradas el 18 de marzo de 1931, y culminada en el motín de la Facultad de Medicina de San Carlos, en Madrid, el día 25. Los estudiantes, bien encuadrados por agitadores profesionales, tirotearon a la Guardia Civil, que repelió la agresión; dentro y fuera de la Facultad corrió la sangre. El clima político perdió todo control. Las descargas de San Carlos se acompasaron con la euforia republicana por el resultado de otro consejo de guerra, el celebrado en las Salesas contra los miembros del comité revolucionario a partir del 20 de marzo. El general Ricardo Burguete presidió la farsa, que terminó con el prestigio de la justicia militar monárquica y con la práctica absolución de unos enemigos del rey, a los que el rey acababa de ofrecer el Gobierno. Durísimo el comentario de Mola: «Tribunal de justicia que no tiene vigor para mantenerse con decoro, ni inspira confianza, ni debe subsistir.» En plena inundación de hostilidades regresa el rey de un viaje a Inglaterra el 24 de marzo; casi a la misma hora en que sus enemigos republicanos salen en libertad. El día 27, el general Burguete convoca a la prensa para entregar una tremenda nota política en la que pide «convocar Cortes verdad» y afirma que, ante el recuerdo de la Dictadura, «el Ejército está arrepentido». Sale inmediatamente para el castillo gaditano de Santa Catalina a cumplir un arresto de dos meses que será un seguro de lealtad republicana. Emilio Mola recibía por entonces varias peticiones de politiquillos equívocos empeñados en conseguir un procesamiento político, pasaporte para el futuro republicano que se venía encima.

El 5 de abril de 1931 se celebra el primer acto de las elecciones municipales; son elegidos los «concejales del artículo 29», es decir, los que no se enfrentan a otra candidatura rival. Triunfo monárquico: 14.018 contra 1.832 republicanos. En la misma fecha Jorge Guillén Urnaiz y sus amigos aragoneses toman el té con el matrimonio Franco y se dirigen preocupados al general director de la Academia: «La única esperanza es usted, mi general.» Es la primera vez que un grupo de españoles presenta ante Franco la necesidad de salvar a España.

Franco recibió pocos días más tarde una información precisa de los turbulentos días de abril —12 al 14— por medio del marqués de Cañada Honda, su amigo y convecino en la casa de la Castellana en Madrid y uno de los emisarios regios en aquella lamentable sucesión de falsas informaciones y gestos teatrales que apuntilló a la Monarquía. En la madrugada del lunes 13 de abril, el Gobierno, reunido en el Ministerio de la Gobernación, anotaba

la Monarquía, dolidos de las circunstancias que dieron lugar a él, sin entusiasmo por el mundo político que parecía revivir y que le hacía cargos por su intervención anterior, mas sin la preocupación de un inmediato cambio del régimen, que no se pensaba pudiera ocurrir y menos en forma tan rápida e inesperada.

Es cierto que entre la copiosa oficialidad fuera de filas o en destinos sedentarios, menos sometidos a la vigilancia de sus jefes, fuera del contacto con la tropa y con sus compañeros, algunos recalcitrantes de pleitos anteriores o exaltados arrastrados a los mayores extremismos por sus querellas y las represiones sufridas, se agitaban en la sombra, siendo objeto de la vigilancia y prevención de las autoridades militares; mas la masa general, los cuerpos armados, se mantenían en sus cuarteles, dedicados a sus ocupaciones militares, alejados de la lucha, dolidos aún en su espíritu de soldados de los tristes episodios de negación del compañerismo y de la disciplina que se pusieron de manifiesto en las últimas recientes rebeliones, corolario de las que venían sucediéndose hacía unos años.

consternado los datos de las elecciones municipales: se vencía en el campo, pero casi todas las capitales de provincia votaban mayorías municipales republicanas. Los datos electorales siguen hoy muy imprecisos. Un historiador comunista, Tuñón de Lara, recoge una cifra aproximada: 22.150 monárquicos, 5.875 republicanos. En pura ortodoxia democrática las cifras no ofrecen dudas; pero el rey y casi todos sus ministros decidieron que sólo los votos de las capitales expresaban la voluntad política del país. Los republicanos, desde luego, no pusieron objeción alguna, excepto Fernando de los Ríos, quien a las doce de la mañana del 14 de abril comentaba en la Puerta del Sol la posibilidad del advenimiento de la República para «dentro de dos o tres años». Aquella tarde era ministro de la República.

Mientras don Fernando así profetizaba, el general Sanjurjo se cuadraba ante Miguel Maura y ofrecía a la República su prestigio militar y la colaboración de la Guardia Civil; había negado las dos cosas al Gobierno del rey en la tarde anterior. Todos sabían que el Ejército seguiría al jefe de la división de Alhucemas. A primera hora de la tarde, el conde de Romanones pacta con Alcalá Zamora en la casa del doctor Marañón, calle de Serrano, la salida del rey antes de la puesta del sol. Un consejo de ministros, más espectador que actor, concentra los últimos manotazos del régimen en Palacio por la tarde; solamente Juan de la Cierva trata inútilmente de infundir a sus abatidos colegas una voluntad de resistencia. Aún discuten las sombras en Palacio cuando Miguel Maura conduce a sus amigos del comité revolucionario hasta la Puerta del Sol. Irrumpen dramáticamente en el zaguán de la Gobernación a las ocho y media, y a las nueve menos cuarto de esa noche del 14 de abril son ya Gobierno Provisional de la República. Una inmensa riada popular —ilusión, griterío, esperanza— les acompaña desde la calle. Las nueve menos cuarto: exactamente la misma hora en la que Alfonso de Borbón sale por una puerta lateral del Campo del Moro al volante de su automóvil, camino de Cartagena. El último gesto de Cavalcanti, poniendo su espada al servicio del rey, ha sido también inútil. Alfonso XIII está cansado y no quiere ver más sangre española derramada por su causa.

Desde el crucero *Príncipe Alfonso*, entre Cartagena y Marsella, Alfonso XIII quiso enviar un radiograma a las fuerzas armadas. No se le permitió, y entonces se limitó a entregar el texto al almirante Rivera, que le acompañaba hasta el destierro.

«Es mi deseo —decía el rey— manifestaros mi gratitud por la lealtad que siempre me habéis demostrado.»

En medio de su decepción, Alfonso XIII pudo encontrar la punta de ironía que rubrica, desde el Mediterráneo, el gesto del teniente general Sanjurjo, marqués del Rif. Muchos años después, el círculo íntimo de Francisco Franco piensa que el sorprendente desvío de Sanjurjo tuvo algo que ver con la negativa de una alta condecoración pedida por el general.

A lo largo de su vida política y de su obra escrita posterior, Franco se ha referido muchas veces al fin de la Monarquía de la Restauración. Muchos recuerdos se agolpaban ante su análisis, desde aquel voto monárquico depositado en la mañana del 12 de abril en el colegio del distrito del Arrabal zaragozano. Pero Franco va a hablar siempre, sin excepción alguna, de «la forma de reino que, dando unidad y autoridad, presidió nuestro siglo de oro» (como dijo, por ejemplo, en su mensaje de fin de año en 1954). En varias ocasiones se refiere por su nombre a los Reyes Católicos, y en concreto «a nuestra soberana la Reina Isabel». En las colecciones de sus escritos y de sus discursos no aparece ni una sola vez la mención personal de Alfonso XIII.

«El 14 de abril —recuerda el general Franco Salgado— fue un día como otro cualquiera en el centro que Franco mandaba. El general director permaneció aquella mañana en su despacho de la Academia en contacto con el capitán general, informado constantemente de lo que en Madrid sucedía.»

«A media mañana —continúa el mismo testimonio directo— le llama el general Millán Astray y le comunica que el teniente general Sanjurjo no responde de la Guardia Civil». Por la misma fuente se sabe que la información directa de Franco —comunicada por él a los profesores de la Academia— comenzó al recibirse en Zaragoza el telegrama de Berenguer a las capitanías imponiendo la abstención política del Ejército ante las elecciones consideradas ya oficialmente como plebiscitarias. El telegrama lo consultó Berenguer con un joven comandante del Ministerio muy estimado también por Franco: Valentín Galarza Morante.

El general Fernández Heredia se negó a izar la bandera republicana en la Capitanía General de Zaragoza al atardecer del 14 de abril. A las doce de la noche en punto entrega el mando al jefe de una de las brigadas de la ciudad, general Agustín Gómez Morato. Aconseja éste a su amigo Franco que cambie la enseña, pero el director se niega a hacerlo hasta recibir la orden por escrito. El día 17 es nombrado capitán general de la V Región el general Leopoldo Ruiz Trillo, quien tras tomar posesión anticipa por escrito a Franco la orden que éste exigía para el cambio de bandera; la disposición oficial no apareció en la *Gaceta* hasta el día 27 de abril. Pero entre la tarde del día 14 y el toque de silencio de un atardecer próximo al día 20 —ningún testigo recuerda la fecha exacta— la única bandera bicolor de la España republicana ondeaba tranquilamente en la Academia General Militar de Zaragoza.

BIBLIOTECA JUDEȚEANĂ
„PANAIT CERNA"
FOND „TRAIAN POPESCU"
NR. 338376

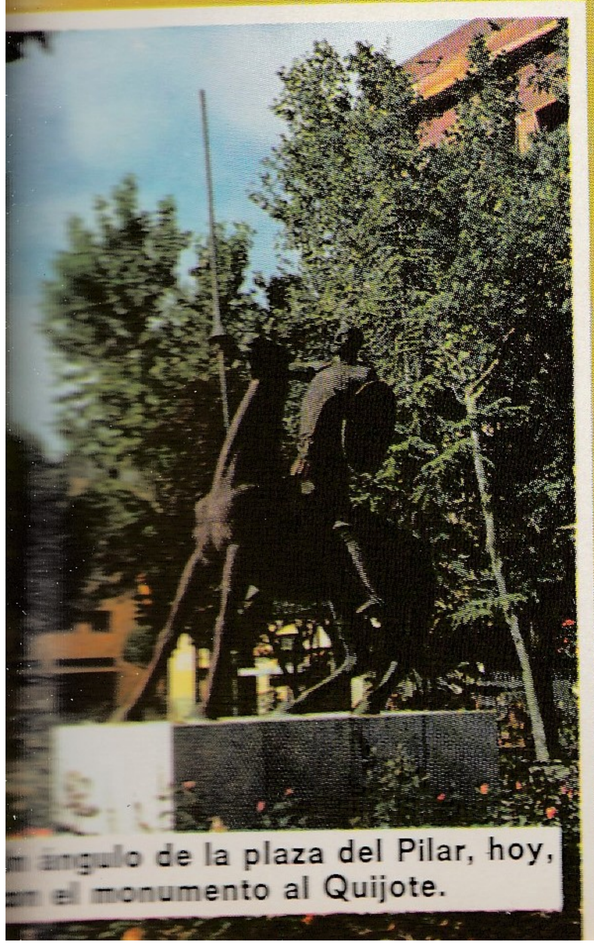


Plaza del Pilar, a finales de siglo.

CIUDAD REAL, 80 AÑOS

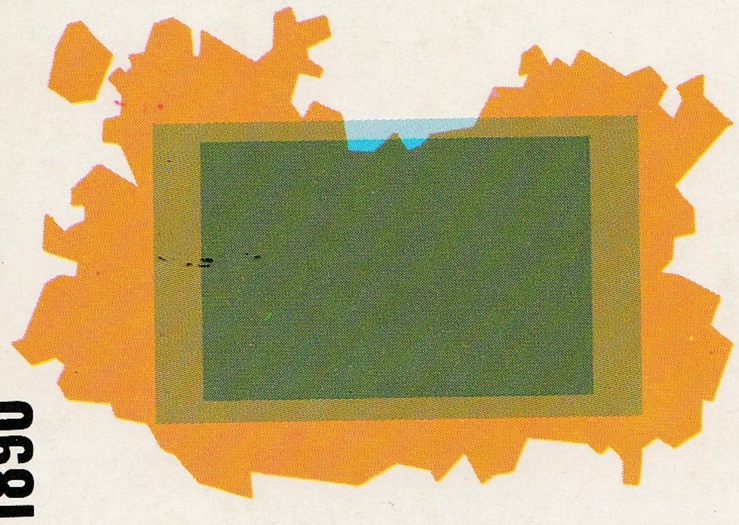
Ciudad Real es la segunda provincia de Castilla la Nueva en cuanto a población y ofrece un ejemplo de crecimiento regular, excepcional dentro de las provincias mesetarias.

El producto provincial neto, que representó en 1969 el 1,15 % del total nacional y que colocó a Ciudad Real en el 30.º lugar interprovincial, tiene la siguiente distribución sectorial: el primario aporta el 30 %; el secundario, el 33,5 % y el terciario, el 36,5 %. Sin embargo, en población activa sigue predominando el porcentaje de mano de obra ocupada en la agricultura. En este sector conviene destacar, en primer lugar, la mínima extensión de tierra de regadío, muy disperso y siempre en precario por la dureza del clima, frente a un 97 % de superficie de secano dedicada, principalmente, a la vid, a los cereales y al olivo; en segundo lugar, el tipo de explotaciones, en las que predomina el latifundio sobre las pequeñas y medianas empresas; y, en tercer lugar, un bajo índice de mecanización de las labores agrícolas que, no obstante, se va acercando al promedio nacional. El sector industrial es el más dinámico y está ligado a los dos recursos básicos de la provincia: la minería y la vid. Destacan el mercurio, en Almadén, y el plomo, la hulla y las pizarras bituminosas. Estas últimas aconsejaron el establecimiento en Puertollano de un centro elaborador de productos derivados (petróleo, lubricantes, fertilizantes...) y de otros varios de producción energética, hoy aprovechados para el refino de crudos. Se llega así a una renta *per capita* de tipo medio: un 70,6 % de la media nacional y el 36.º lugar interprovincial en 1969, frente a un 80,2 % de la media y un 40.º puesto en 1949. La media de renta *per capita* nacional ha crecido más deprisa que la de Ciudad Real.

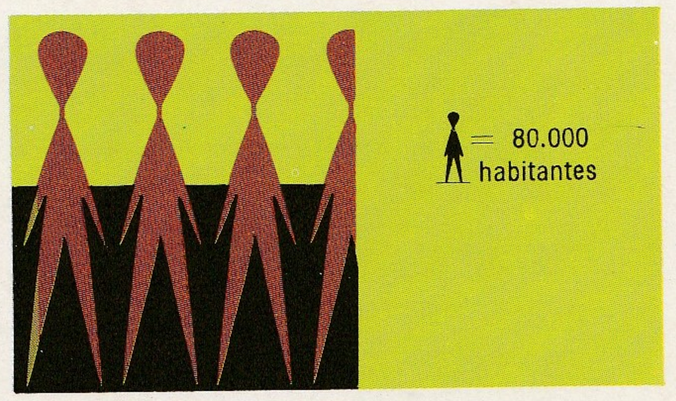


Un ángulo de la plaza del Pilar, hoy, con el monumento al Quijote.

1890



Superficie cultivada, has.	945.000
Otros aprovechamientos	405.400
Superficie productiva	**1.350.400**
Urbana e improductiva	624.500
Superficie total	**1.974.900**



[1887] **98.889 hab.**

POBLACION ACTIVA
- Agricultura y pesca
- Industria
- Servicios

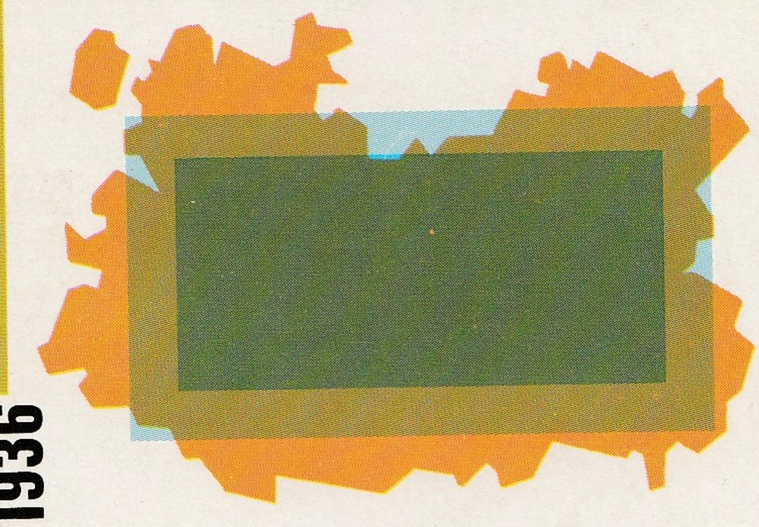
ANALFABETISMO ENTRE ADULTOS
- Ciudad Real, capital 14.702 hab.
- Resto provincia 277.589 hab. **292.291 hab.**
- Porcentaje de adultos analfabetos = 61,6 % (1887)

DENSIDAD DE POBLACION

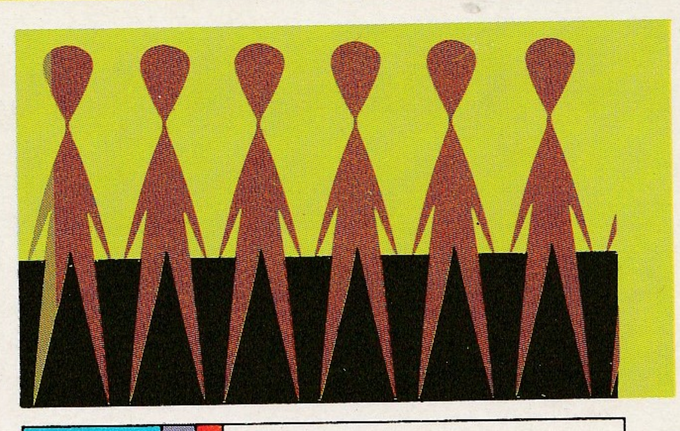
1892
- España 35 hab./Km².
- Ciudad Real 14 hab./Km².

RED DE CARRETERAS 1885
- 433,9 Km.
- = 1.000 Km.

1936



Superficie cultivada, has.	1.035.600
Otros aprovechamientos	714.600
Superficie productiva	**1.750.200**
Urbana e improductiva	224.700
Superficie total	**1.974.900**



[1930] **163.163 hab.**

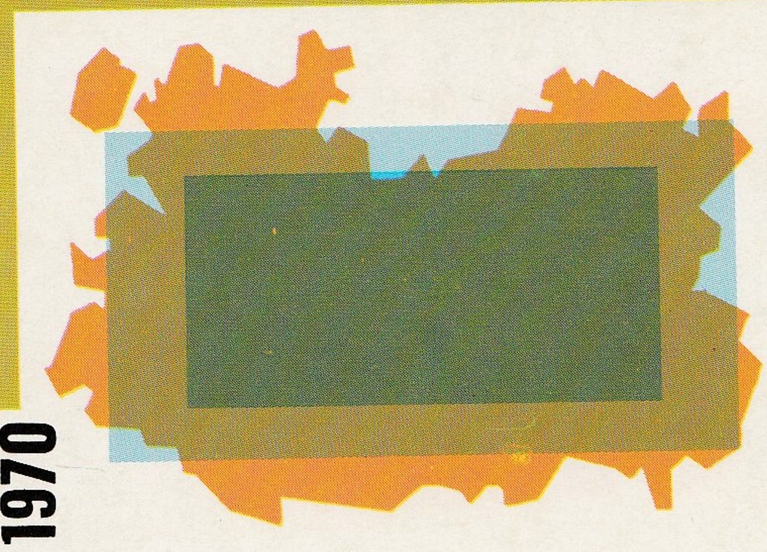
POBLACION Y ANALFABETISMO ENTRE ADULTOS
- Ciudad Real, capital 23.401 hab.
- Resto provincia 468.256 hab. **491.657 hab.**
- Porcentaje de adultos analfabetos = 39,57 % (1930)

DENSIDAD DE POBLACION

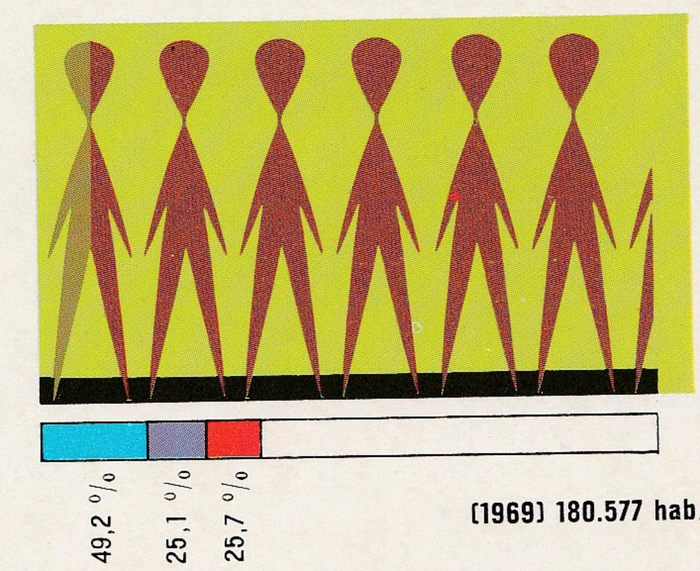
1936
- España 48 hab./Km².
- Ciudad Real 24 hab./Km².

1934
- 2.445 Km.

1970



Superficie cultivada, has.	1.017.000
Otros aprovechamientos	849.200
Superficie productiva	**1.866.200**
Urbana e improductiva	108.700
Superficie total	**1.974.900**



[1969] **180.577 hab.**

POBLACION Y ANALFABETISMO ENTRE ADULTOS
- Ciudad Real, capital 41.708 hab.
- Resto provincia 465.942 hab. **507.650 hab.**
- Porcentaje de adultos analfabetos = 8,45 %

DENSIDAD DE POBLACION

1970
- España 67 hab./Km².
- Ciudad Real 25 hab./Km².

1970
- 3.724,5 Km.

FRANCO Y CIUDAD REAL



1



2



3

4



5

1.-Hospital del S.O.E. en Ciudad Real.

2.-Segunda visita de Franco a Puertollano en mayo de 1952.

3.-Presa del Montoro, Puertollano.

4.-Nuevo Gobierno Civil de Ciudad Real y estatua de Cervantes.

5.-Unidad de combustibles en la refinería de la E.N. Calvo Sotelo de Puertollano.

Biblioteca Judeteana "Panait Cerna" Tulcea
SALA DE LIMBI STRAINE
Nr. inventar 338376
338376